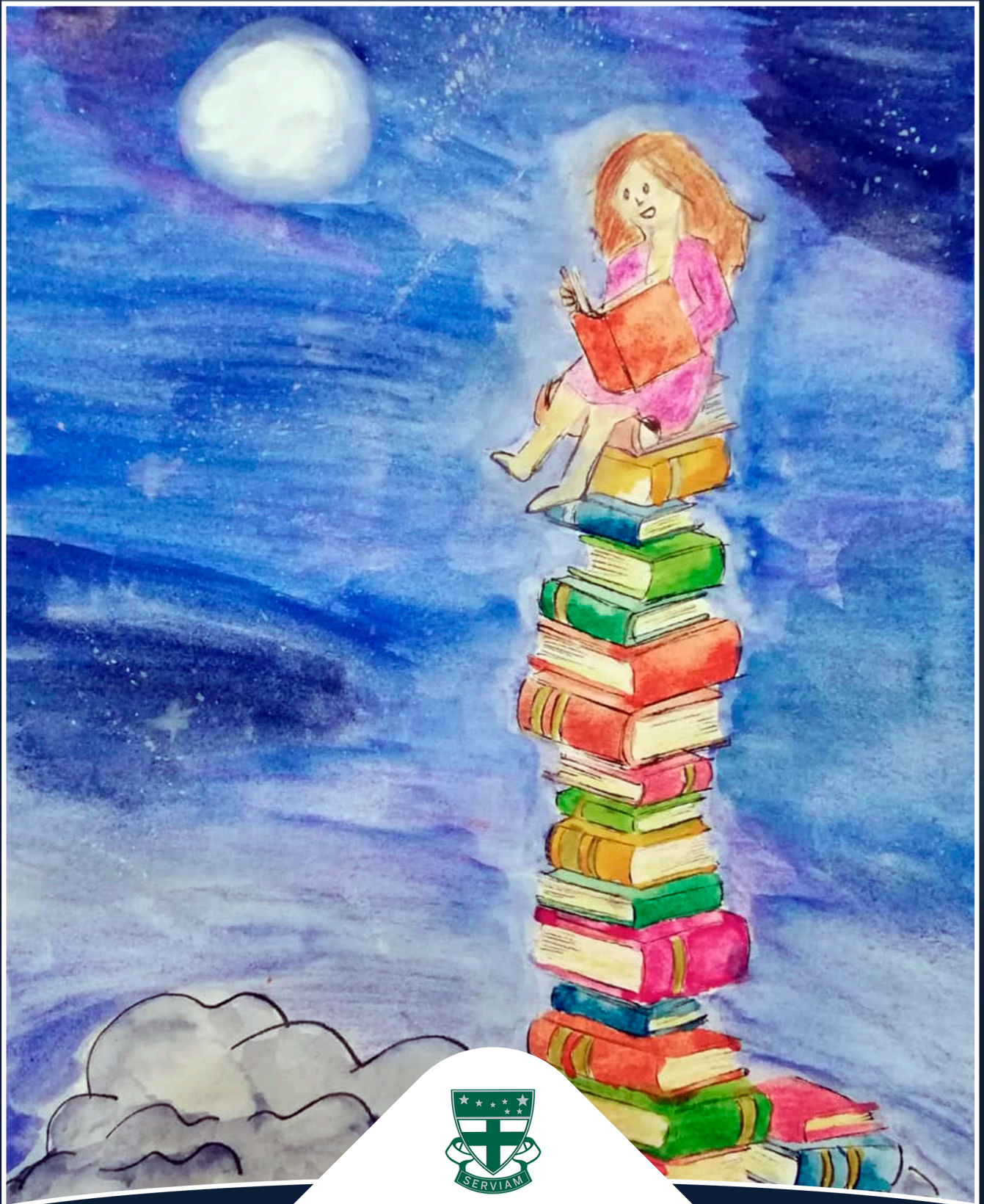


X CONCURSO DE CUENTO Y POESÍA

“Madre Elisabeth Hanfland”



Colegio
SANTA URSULA
Desde 1936

**“
Vive tu libertad,
crea literatura
”**

Presentación

«Para viajar lejos, no hay mejor nave que un libro»

Emily Dickinson

Por casi dos años, los niños y jóvenes del Perú permanecieron lejos de las aulas escolares. Lejos del encuentro entre amigos, la risa, la complicidad, la amistad. Durante este tiempo, se prohibieron las salidas, los viajes, los paseos, las celebraciones de cumpleaños y hasta las navidades en familia.

Ante esa dura situación, en que acechaba el encierro personal, el aislamiento y la soledad, el arte, y especialmente la literatura, fue un refugio para muchos de nosotros. Un lugar seguro para encontrarnos con personajes maravillosos y viles, con lugares de ensueño, y que dio la posibilidad de tener grandes aventuras sin salir de casa.

En esta coyuntura, nuestras alumnas, exalumnas, personal del colegio y padres de familia participaron de la Décima Edición del Concurso de Cuento y Poesía Madre Elisabeth Hanfland. Porque, así como leer nos permite viajar y emocionarnos, escribir es una manera de expresar y compartir con otros lo que sentimos, lo que necesitamos, y lo que estamos viviendo.

Todos los participantes de esta décima edición del concurso han dado testimonio de amor al arte y de gran fortaleza, como lo hizo M. Elisabeth en vida. Por ello, es un orgullo presentar los trabajos ganadores de esta edición. ¡Felicitaciones a todos!

Como siempre, un agradecimiento especial a los profesores del Área de Comunicación, por despertar en nuestras alumnas el amor por el lenguaje y la literatura en sus distintas expresiones.

Gracia Müller Jacobs

Directora

EQUIPO DIRECTIVO

Ana María Reyes - Directora Académica

Catherine Sotil Brown - Coordinadora de nivel secundaria

Cinthya Palacios Herrera - Gerente de Administración y Finanzas

Gracia Müller Jacobs - Directora General

M. Rosana Villegas, OSU - Superiora de la Orden Ursulina en el Perú

M. Lina Calle, OSU - Directora de Pastoral

Mariana Parra Del Riego Duany - Coordinadora de nivel inicial

Rosa Tapia Claros - Directora de Formación y Familia

Sofía Díaz Durand - Coordinadora de nivel primaria

ÁREA DE COMUNICACIÓN

Ana María Soto Cajacuri

Marco Berrocal Hoyos

Oswaldo Díaz Chávez

Paola López Espinoza

Williams Monroy Arcaya

X Concurso de Cuento y Poesía “Madre Elisabeth Hanfland”

Derechos reservados 2021

Este boletín literario está elaborado para uso exclusivamente interno
del centro educativo.

Colegio Santa Ursula

Salamanca 125 - Nicolás de Rivera 132, San Isidro.

**X CONCURSO DE
CUENTO Y POESÍA**
"Madre Elisabeth Hanfland"



Colegio
SANTA URSULA
Desde 1936

CUENTO
CATEGORÍAS: A, B, C y D

1° PUESTO – CATEGORÍA “A”

CUENTO



Cayetana Ávalo Ramírez - 5to grado

“La maldición de las niñas”

Había una vez, en un reino lejano, una familia de nobles cuyo matrimonio tuvo tres niñas llamadas María, Lorena y Samanta. Los padres querían que sus hijas tuvieran altos cargos; además, querían que fueran diferentes al resto, por lo que le pidieron a la bruja Alana (líder de un aquelarre y encarcelada hace unos años por ellos mismos mientras hacía un hechizo) que les dé magia a sus tres hijas, a cambio, le darían su libertad y una licencia de magia, para que pueda usarla legal y libremente. La bruja accedió y sabiendo que necesitaba un montón de ayuda, le pidió al padre que le trajera a su aquelarre, y así lo hizo.

A la noche siguiente, todo el aquelarre estaba reunido bajo la luna llena y recitando el hechizo tres veces, lo cual era muy agotador. Lo lograron. María de cuatro años, Lorena de dos y Samanta, recién nacida, fueron sometidas al tratamiento que dejó debilitadas a las brujas y a las niñas. Al amanecer, las brujas reclamaron lo que les habían prometido. En respuesta, los padres se burlaron, las llamaron tontas y les dijeron que su único interés era que sus hijas resalten del resto para que su familia llegue a ser la más importante de todo el reino. La reacción de las brujas sorprendió a todos, en vez de reclamar o llorar, las brujas se rieron y sentenciaron:

— ¿Creyeron que íbamos a caer en sus trampas infantiles? ¡ja! ustedes cayeron directo en la trampa, ya que todas las noches de luna llena una fuerza maligna

se apoderará de sus hijas, harán cosas horribles y desalmadas, y todos las odiarán.

Pero lo peor estaba por ser dicho. Las brujas agregaron que, en luna llena, quienes miren a sus hijas quedarían inmediatamente petrificados y sus almas irían al infierno y serían controladas por la misma fuerza maligna que controlaba a las princesas.

Los nobles no podían creer lo que estaban escuchando, ¿era eso cierto? ¿habían caído a un gran hoyo del que no podrían salir nunca? ¿podrían hacer algo para rescatar a sus hijas, o no había nada bajo su poder que pudieran hacer? Todo era tan confuso.

Por suerte, los padres actuaron rápido. Decidieron ocultar esta situación, incluyendo a las niñas para que crecieran teniendo una vida normal. Solo los trabajadores de su palacio sabrían de ello, y tomaron todo tipo de medidas para que puedan controlar a las princesas bajo cualquier circunstancia, sobre todo en luna llena.

La mamá de las niñas (Sophie) estaba desesperada y suplicando piedad. Fue corriendo a ver a sus hijas, para saber si ya había pasado algo, pero todo estaba bien.

Al final, las brujas, menos Alana, sufrieron las consecuencias de lo que habían hecho y ya que ninguna quería decir nada sobre algún antídoto o remedio a tremenda maldición, fueron guillotinas. Hicieron que Alana se sentase al frente de las brujas para ver como sufrían ante el dolor.

Alana advirtió a los guardias y a los nobles que se arrepentirían y sufrirían, pero como no podría escapar siguieron burlándose de ella. Alana juró venganza por sus amigas que cayeron a manos de una sociedad injusta e insolente que trababa mal a las brujas desde hacía años. Entonces les reveló que la maldición cada vez era peor, donde sea que se hallaran las niñas, una vez que la fuerza maligna se apoderara de ellas, ellas mismas se encargarían de preparar el lugar para que esa fuerza pueda apoderarse también de toda la zona, y le sea más fácil llegar a ese reino y conquistarlo. No habría barrotes ni esposas que las detengan. Y quien intentara quitar todas las preparaciones hechas, con solo

tocar lo preparado, tendría una marca que solo las niñas podían ver y que olerían a miles de kilómetros para llegar hacia quien sería su próxima presa, cosa que ni siquiera con magia se podría sacar.

Pasaron catorce años desde el hecho. En el palacio las niñas habían crecido pero encerradas en el castillo teniendo clases con tutores y solo se veían con gente de la nobleza. Las hadas buenas nunca pudieron romper el hechizo, pero les proporcionaron un seguro para proteger a las niñas en las noches de luna llena, un pequeño ritual que las niñas debían seguir antes de dormir y que sin notarlo lo hacían mientras leían sus cuentos.

María ya tenía 18, Lorena 16 y Samanta 14, nunca habían dormido fuera de sus casas. Una noche, entusiasmadas y aprovechando que su papá estaba distraído trabajando muy duro, le pidieron permiso para ir a una pijamada en la casa de una amiga de ellas. Sin prestar mucha atención, el noble accedió, pero lo hizo sin tomar en cuenta que esa noche era luna llena y olvidando la maldición de las brujas. También se le pasó que las jóvenes fueron sin guardias. Cuando se dio cuenta de sus errores ya era muy tarde y cuando todos los que sabían de la maldición y vivían en el castillo se enteraron se atemorizaron y les dijeron a los guardias reales que se apresuren a buscar a las jóvenes. Lamentablemente, ellas no habían dicho su paradero, por lo que debían de buscar por todo el reino que era muy muy grande. Con suerte, esperaban encontrarlas a tiempo.

Al final, un equipo de guardias dijo que ya había localizado el palacio, era el palacio de la familia López cuya esposa era la mejor amiga de la reina y además eran los nobles número uno en todo el reino. Si la maldición se activaba estando ahí sería un desastre total que querían evitar a toda circunstancia y por el bien de toda su familia y la reputación que habían logrado a lo largo de los últimos años.

Sophie sabía que los guardias no llegarían a tiempo, recién se estaban preparando, así que decidió mandar a los más cercanos, lo que causaría una desventaja numérica, pero sería más seguro para todo aquel que estuviera en el castillo o quien estuviera en el pueblo en el que se establecían las princesas con sus amigas y unos nobles.

Mientras tanto, Alana vio que los guardias de su celda se habían ido así que decidió escapar e ir directo a donde las niñas y causar un caos total, por lo que primero decidió darle una corta visita a Sophie.

Mientras tanto, las niñas se divertían en la pijamada, todas saltaban, reían, jugaban, todo era tan perfecto –¿qué podría salir mal? – pensaban todos. Todas se calmaron un rato y hubo un silencio absoluto hasta que la hija de los López, Aitana, rompió el silencio y propuso comer galletas de la fortuna, en lo que, a María, Lorena y a Samanta le salió un mensaje parecido a este: “en esta luna llena peligroso es si fijamente la miras”, las niñas decidieron ignorar esto, pero de igual manera por temor prefirieron no mirar a la luna. Todo iba de maravillas hasta que Aitana dijo que miren a la luna llena y bueno, lo hicieron. De la nada se sintieron extrañas, sus demonios interiores salían, su magia se tornaba negra y fueron controladas por la fuerza maligna. Todas las nobles salieron corriendo menos dos que fueron atacadas.

Los guardias llegaron y evacuaron a todos los civiles de la zona para que no dañaran, a nadie más, y para tener un campo de batalla más amplio. Cuando vieron a las niñas se atemorizaron, pero supieron que esos sentimientos se debían de quedar en el olvido para que una nueva civilización pueda nacer y gozar de las tantas cosas que ellos gozan profundamente. La pelea se acercaba y mientras los guardias rescataban a la gente algo tenso pasaba en el castillo. La siniestra de Alana se apareció en el dormitorio de Sophie, donde le dijo cosas horribles; ante la inesperada visita, Sophie estaba a punto de llamar a los guardias, pero inmediatamente Alana la detuvo, tomó su forma y la dejó encerrada en su habitación. Alana, convertida en Sophie, decidió ir por las jóvenes diciendo que acompañaría a los guardias porque eran sus niñas, pero en verdad solo quería ir ahí para despertar a la fuerza maligna y apoderarse de todo el mundo acabando con todos los que alguna vez acabaron con su aquelarre o se rieron de una bruja.

La falsa Sophie se presentó al campo de batalla y pudo observar que las princesas con todas sus fuerzas y poderes habían preparado casi toda la ciudad, que la mayoría de los pobladores estaban convertidos en piedra. Entonces, dijo estas palabras:

–Bellas hijas de la oscuridad han cumplido con su deber que la fuerza más oscura les pudo haber dado y esta noche han demostrado que las jóvenes que vivían en su interior no las podrán detener nunca y que su yo malvada es más fuerte.

Los guardias que la acompañaban, creyendo que era Sophie, no entendieron y pensaron que toda la situación la estaba volviendo medio loquita, pero se olvidaron de eso rápidamente al notar que los guardias que habían ido antes estaban corriendo en dirección hacia ellos gritando que se retirasen del campo de batalla y se refugiase. Muchos de los soldados que recién habían llegado seguían sin entender nada, ya que todo aparentaba estar tranquilo y bajo control, pero no era así. A solo unas cuerdas, las jóvenes andaban sembrando terror, caos, desesperación en todas partes, la caja de pandora había sido abierta, y no había una forma de que se cerrase de nuevo nunca más.

Durante dos horas la batalla estuvo muy intensa y mientras que las jóvenes iban derrotando a un montón de soldados, los soldados solo hicieron un rasguño a una de las chicas que, a cambio, derrotó a cinco de ellos con una sola mirada. Mientras que cada uno de los presentes tenía sus miedos de que algo les pasase en la batalla, las princesas no, pero estos eran los miedos que sentían: Alana tenía miedo de que la descubran y la maten instantáneamente como lo hicieron con sus amigas; los guardias de que no puedan regresar a casa nunca más; los pueblerinos de que su aldea y los recuerdos que yacían en ella quedasen olvidados; las amigas de las princesas que sus amigas nunca vuelva a ser las mismas que antes; y sus padres de que no volvieran que ser las mismas de antes pero también de que impactara en su estatus real. En fin, habría muchas otras razones de por qué asustarse, pero todos compartían solo una en común, de que las princesas los dejaran petrificados para siempre, todos menos Alana que al crear la maldición no le impactaba nada.

Al principio, los hechos apuntaban a que las princesas iban a ganar de una forma u otra, sin importar lo que pase, pero luego llegó el impero del rey para igualar la balanza. Habían descubierto un remedio para poner fin a tanta maldad. La única forma de que ganasen sería que les inyectasen a las jóvenes un suero a base de la sangre de una de sus víctimas, pero eso las dejaría completamente dormidas por siempre, al igual que sus víctimas.

Y después de una gran batalla, el bien ganó y despidiéndose de las niñas, pero no queriendo, el padre tuvo que dar la orden para que les inyectasen el suero y en un mar de lágrimas, presencié dolorosamente cómo les inyectaban el suero y así las durmieron para siempre.

Cuenta la historia que los padres nunca pudieron recuperarse de lo que pasó. Hasta el último día visitaron a sus hijas y muchas lágrimas fueron derramadas. La vanidad, el egoísmo y la codicia hicieron que los nobles perdieran a lo que más amaban, muy tarde y de muy mala manera descubrieron que no era el dinero ni el estatus social lo que más les importaba, pero al menos pudieron salvar el alma de sus amadas hijas.

Y cuando murieron, solo pidieron que se contase en todo el reino su trágica historia, como ejemplo de que el mal existe y que nos persigue y lastima si nos dejamos seducir por él.

Y colorín colorado este cuento se acabó.

2° PUESTO – CATEGORÍA “A”

CUENTO



Cayetana Carrasco Fagre - 5to grado

“Lo que no sabías”

Cerca de un parque con una laguna de tortugas hay un árbol distinto a los demás, grande y frondoso, si lo miras con atención te puedes dar cuenta de la diferencia con los otros árboles, hay personas que dicen haber visto luces y cosas extrañas.

Un domingo de invierno, muy temprano, una señora muy humilde de ojos claros, pelo negro, con una ropa muy raída, acompañada por sus dos hijas aproximadamente de 4 y 6 años, estaban caminando por el parque grande, solitario y descuidado, de repente suena una voz extraña, áspera y grave diciendo: ¿qué necesitas?, ellas no respondieron por temor, la señora confundida mira a sus dos hijas y les pregunta si habían sido ellas las que habían dicho eso o si lo habían escuchado, las niñas le respondieron que sí lo habían escuchado, entonces siguieron caminando, esa voz misteriosa volvió a decir: ¿qué necesitan? La niña menor, al darse cuenta de que algo brillaba, se acerca a uno de los árboles, uno diferente a los demás, y observa una pequeña luz que a simple vista no se veía, se acercó asustada y vio una moneda de oro muy pequeña, tan pequeña que casi era del tamaño de una lenteja con un estampado distinto a lo habitual. Ven algo entre las hojas de la copa del árbol frondoso de color azul oscuro con un poco de rosado y amarillo, no era una ardilla, ni un pájaro que se encontraban en los árboles habitualmente, era un

ser pequeño de ojos grandes de color azul claro como el cielo en día de verano, con una barba larga y blanca con gris, una camisa morada a cuadros unos pantalones cortos verde brillante, un gorro marrón y puntiagudo y unos zapatos marrones con cordones amarillo intenso; les dijo: no teman, soy Ramón, el dueño de este árbol, ¿cuáles son sus nombres? La mujer le respondió: me llamo Marta y ellas son mis hijas Paula y Marcela. El duende les dijo: un gusto de conocerlas.

Una pregunta: ¿qué desearían tener? Marta le respondió: desearía tener una casa para mí y para mis hijas. Ramón le dice que podría darle su casa pero que tendría que llevarle una flor morada con marrón y anaranjado con un tallo muy grande que solo se encontraba en una higuera verde y pequeña que se encontraba en uno de los nidos donde las tortugas ponen sus huevos. Marta le dijo al duende que lo iban a intentar.

El duende regresó al árbol y la mujer con sus hijas emprendieron la búsqueda de la flor que les encargó el duende Ramón.

Tuvieron que buscar, suponían que era en el mismo parque, ellas habían visto una pequeña higuera que se encontraba en el nido de una tortuga, después de cuatro horas de buscar y buscar encontraron la higuera, pero no la flor. Siguieron buscando y encontraron la flor más bonita que la descripción del duende.

Tomaron a la hermosa flor rápidamente y se fueron donde el duende, cuando le tocaron la puerta del árbol nadie contestaba. Tocarón otra vez y nadie contestaba, esperaron y esperaron hasta que otro duende salió por el árbol, este era alto, flaco, de ojos verdes, con un polo rojo a rayas, unos pantalones azules, un gorro anaranjado, con un pompón rosado y unos zapatos negros y se presentó como Aurelio. Les dijo que Ramón había ido a ayudar a su primo a cosechar moras por tres días para hacer mermeladas para guárdalas para el siguiente invierno.

Ellas, se sintieron muy tristes y preocupadas, sin saber si la hermosa flor duraría los siguientes tres días.

Aurelio, al verlas tan preocupadas les dijo que podían encontrarlo al final del parque, en el pequeño bosque de moras. El árbol donde vivía el primo de Ramón estaba a 200 metros de donde se encontraban. Al llegar donde se encontraba Ramón le dieron la hermosa flor, pero él les dijo que como última misión le dieran esa flor al cuy negro, que lo podían encontrar en el malecón de Miraflores. La mujer con sus hijas va a buscar al cuy, pasaron por el parque, por todos los árboles hasta que llegaron al malecón. Siguieron buscando, porque el cuy era muy esquivo.

Después de muchas horas de buscar, casi al anochecer, pudieron ver al cuy por el brillo de sus ojos rojos, cuando por fin le iban a dar la hermosa flor el cuy se volvió a esconder, cuando ya estaban dándose por vencidas el cuy aparece y logran darle la flor. Al comerla, el cuy se convierte en otro duende que había sido hechizado por un espíritu maligno del bosque, como castigo por no ayudarlo a destruir el parque.

Este duende era el hermano menor de Ramón llamado Coco, era pelirrojo, tenía una gran barba roja, vestía un polo verde, un pantalón a cuadros anaranjado con marrón y tenía un sombrero morado. Él era encargado de darles la recompensa a la mamá y las hijas que era una bolsa grande con muchas monedas de oro, que les alcanzaría para comprarse su casita que no les faltara comida y que las niñas pudieran estudiar tranquilamente.

Así cumplieron estos bondadosos duendes en darle la tranquilidad y felicidad a una familia necesitada. Se compraron una casita con techo azul, paredes amarillas con ventanas blancas y con una cerca rosada que bordeaba un lindo jardín que estaba adornado con una mesita y cuatro sillas cerca al parque. Desde aquel día, invitaban al duende Ramón, al duende Aurelio y al pequeño duende Coco a tomar el té con galletitas dulces en unas lindas tazas con filo dorado, que se compraron con las monedas de oro que les regalaron los generosos hombrecillos del parque.

3° PUESTO CATEGORÍA “A”

CUENTO



Paloma Angulo Graziani - 5to grado

“El sueño de Lucía”

En una familia, había una niña llamada Lucía de 9 años, a ella le gustaba pintar mucho y cuando sea grande desea ser pintora, pero sus padres no quieren que sea pintora porque todos en su familia eran ingenieros y sus padres querían que ella también lo fuera, así que sus padres siempre hacían que estudie mucho para que fuera ingeniera en un futuro.

Un día Lucía se enteró que había una feria de arte y ella quería ir, así que le preguntó a sus padres si la podían llevar y le dijeron que no. Entonces decidió ir con su abuela, a ver si ella la podía llevar.

Y le dijo que sí, muy felices se fueron a la feria de arte las dos.

Lucía estaba viendo cada pintura, hasta que vio una que le llamó mucho la atención.

Fue a hablar con el pintor.

— Hola—dijo el pintor.

— Hola me gusta mucho tu pintura —dijo Lucía.

— Gracias, cuál es la parte que más te gusta —dijo el pintor.

— Mmm... me gusta todo, pero puedes cambiar una cosita —respondió Lucía.

— A ver, me lo puedes dibujar aquí, por favor —dijo el pintor con curiosidad.

El pintor le dio una hoja y un lápiz, Lucía empezó a pintar con mucho esmero.

—Ya está — dijo ella.

El pintor vio el dibujo y se asombró demasiado.

— ¿Me lo puedo quedar? — preguntó el pintor.

— Claro — respondió Lucía.

— Una pregunta, ¿cuántos años tienes? y ¿cómo te llamas?

— Me llamo Lucía y tengo 9 años.

— Lucía, ¿podrías traerme un dibujo de lo que quieras para mañana?

—Sí, me encantará.

—Ok, adiós, Lucía.

—Adiós.

Lucía se fue a su casa para empezar a pintar.

Al día siguiente, Lucía le entregó el dibujo, el pintor se asombró mucho por el cuadro que pintó Lucía. Le preguntó si le podría traer algunas pinturas más en una semana, Lucía le dijo que sí, entonces volvió a su casa a pintar.

Cuando estaba pintando el papá entró a su cuarto y le dijo:

— ¿Qué haces hija?

— Papá estoy pintando.

— Hija te he dicho que pintar solo te hace perder el tiempo y eso no te va a hacer una buena ingeniera.

— Pero... Papá...

— Ningún pero, ahora ve a estudiar y pobre que me enteré que tienes un examen. No te quiero ver otra vez pintando.

— Ok papá — respondió Lucía tristemente.

El papá recogió las cosas de Lucía y las puso en un armario, lo cerró con llave y esa llave se la metió en el bolsillo de su casaca. Pero por suerte Lucía pudo ver donde su papá puso las cosas y también donde puso la llave.

Lucía después de estudiar, empezó a planear su plan para recuperar sus cosas, así que después de planear su plan se fue a dormir.

Lucía se despertó temprano antes que sus padres, entonces fue por la llave que estaba en la casaca de su papá. Lucía buscó la casaca, después de buscar un rato la encontró y buscó en su bolsillo, agarró la llave y se fue al armario, con la llave lo abrió, sacó sus cosas, puso otras que se parecían, pero ya estaban usadas, para que si su papá abriera el armario no se diera cuenta.

Pero a Lucía se le estaba olvidando algo y eso era que, si su papá la veía otra vez dibujando y no estudiando la iban a castigar, así que pensó en algo para que su papá no la descubriera.

Entonces cada día después de la escuela y de estudiar iba a la casa de su abuela a dibujar.

Llegó el día en el que a Lucía le tocaba entregar el dibujo, así que fue a la casa de su abuela, recogió sus cosas, y su abuela y ella se fueron a la feria.

Llegaron y Lucía se fue con el pintor para mostrarles sus dibujos.

Lucía le mostró al pintor y como siempre...

— ¡Wow!, ¡Lucía me gustaron mucho estos dibujos! – exclamó sorprendido el pintor.

— ¡Gracias!—respondió emocionada Lucía.

— Una pregunta Lucía, ¿tú tienes a alguien que te enseñe a hacer esto?

— Eh... no...

— Ok, Lucía me podrías decir dónde vives, quiero hablar con tus padres.

— No creo que sea una buena idea, bueno ya me tengo que ir, bye.

— Bye, Lucía.

Lucía se fue al baño así que, el pintor fue a hablar con la abuela de Lucía.

— Hola—saludó el pintor.

— Hola, ¿tú debes ser el que le pide los dibujos a mi nieta? —preguntó la abuela.

— Sí, le quería preguntar dónde vive Lucía, deseo hablar con sus padres.

— Claro— respondió la abuela.

La abuela le dijo al pintor donde vivía Lucía. EL pintor se fue y Lucía y la abuela se fueron a la casa de su abuela.

El pintor fue a la casa de Lucía para hablar con sus padres.

El pintor tocó la puerta, el papá le abrió.

EL pintor pasa a la casa del papá de Lucía.

- Hola Señor...-dijo dudoso.

- Señor Runner -dijo el Papá.

- Bueno, Señor Runner, quiero hablar de su hija.

- ¿De mi hija?

- Sí, su hija es una buena artista y me gustaría hablar sobre ello...-

- Mi hija no pinta, solo lo hace cuando se lo piden en el colegio.

- Mire, tome los dibujos de su hija. El pintor le dio los dibujos al padre de Lucía.

El padre de Lucía puso los dibujos en una mesita que estaba cerca de él.

-Y ¿de dónde conoces mi dirección y a mi hija? - preguntó dudoso el padre.

- Umm... bueno, la abuela de Lucía me dio su dirección.

- ¡Ay! Se puede retirar de mi casa, por favor.

- Claro -dijo el pintor.

Luego Lucía y su abuela llegaron a su casa, el papá de Lucía le dijo:

- Lucía puedes ir a tu cuarto, por favor.

- Sí, papá.

Lucía se fue a su cuarto y le dijo a la abuela de Lucía.

- ¿Por qué le diste a un pintor mi dirección y cómo conoce a mi hija?

- Bueno, Lucía fue a una feria de arte y le di la dirección al pintor para que pudiera hablar contigo del don que tiene tu hija.

- Pero...

- Nada de peros, creo que deberías hablar con tu hija sobre su arte cuando sea grande, ella puede ser pintora, no solo es lo que tú quieres que sea cuando sea grande.

El papá se fue al cuarto de su hija, se sentó en una silla y le dijo:

- Hija tenemos que hablar.

- ¿Qué pasa papá?

- Hija, ¿por qué fuiste a la feria a mis espaldas?

- Bueno, fui porque me gusta mucho el arte y quiero ser pintora, pero tú no quieres.

- Bueno hija es que quiero que tú triunfes, pero si quieres ser pintora te apoyaré.

- Gracias papá- respondió Lucía mientras lo abrazaba.

- Mañana vamos con el pintor.

- Ok, papá.

A la mañana siguiente fueron a la feria de arte. Cuando llegaron a la feria, el pintor les dijo sobre profesores que le podían enseñar más de lo que Lucía sabía, también les habló sobre los concursos y demás actividades.

El papá lo pensó y aceptó todo sobre los profesores y los concursos, pero con la condición de que Lucía siga con sus estudios y que cuando sea más grande vaya a una buena universidad y que nunca se rinda.

1° PUESTO – CATEGORÍA “B”

CUENTO



Alexia Isabel Samaniego García - 2do de Sec.

“El castigo de Débora”

Los dioses del Olimpo siempre intentaban conseguir lo que querían, eran muy soberbios y vanidosos, nadie podía compararse con ellos y mucho menos estar a su altura, pues ellos siempre se consideraban superiores a pesar de que sus acciones no eran las correctas. Cuando notaban que una persona tenía una habilidad especial o era tan lista como un dios, entonces estos la castigaban por el temor de que se burlen de ellos. Esto es exactamente lo que le sucedió a la desafortunada joven llamada Débora.

Ella vivía en una pequeña isla del mar Egeo, llamada Icaria, la cual recibía este nombre porque fue bautizada así por Dédalo por ser la tierra cercana donde murió su hijo Ícaro, pero esa es otra historia. Su padre era un hombre muy trabajador, amaba a su hija y cada día se sentía muy orgulloso de ella, le encantaba contarle a los demás lo asombrosa que ella era. Débora era una adolescente que le encantaba ayudar a los demás, siempre quería ser útil en algo y cuando contribuía con el bienestar de alguien, se sentía muy feliz. Lo extraordinario en ella es que poseía la extraña, pero a la vez sensacional habilidad de elaborar remedios y medicinas para desconocidas enfermedades, pues poseía mucha inteligencia y curiosidad y cada día descubría algo nuevo. Encontraba sustancias en las plantas que servían para ayudar y para curar a muchas personas y en numerosos casos ayudaba en situaciones que los médicos pensaban que no tenían cura. Era como si poseyera la habilidad de un

dios. Incluso si exigiera algo a cambio por ayudar a los demás, tendría tantas riquezas como para sustentar su vida y la de su padre por el resto de los años, pero no acostumbraba hacer eso.

A pesar de destacar por su habilidad, Débora nunca se comparó con los dioses y siempre les tuvo respeto, nunca los retó o trató de igualarse a ellos, siempre fue consciente de que ellos eran superiores a cualquier persona y no lo discutía. La adolescente creció y se convirtió en una hermosa joven con un hermoso rostro y un largo y sedoso cabello negro. Le encantaba llevar trajes amarillos porque decía que era un color muy alegre. Era una joven muy atractiva, aunque ella no le tomaba mucha importancia a eso porque decía que lo que uno debe valorar de una persona es su interior y sus valores, mas no dejarnos llevar por su aspecto físico.

Como era de esperarse, obviamente Zeus quedó enamorado de la hermosa joven, pero a su padre no le agradaba esa idea pues creía que distraería a su hija de continuar con sus excepcionales habilidades y Débora pensaba lo mismo, es más, ella detestaba la idea de tener un hijo y tener un romance, quería dedicarse a ayudar a los demás durante toda su vida porque era lo que le hacía feliz.

El vanidoso dios intentó muchas maneras de conquistar a la muchacha, se transformó desde en una bella águila blanca con plumas resplandecientes, hasta en una brillante lluvia de oro, pero nada de eso logró llamar ni un poco la atención de la astuta joven, ella era muy lista como para caer en sus trampas. Por supuesto que ella siempre le fue respetuosa a Zeus, lo rechazaba de una manera decente, pero él seguía insistiendo y la quería forzar a que se enamore de él, lo cual empezó a fastidiar un poco a la joven.

Una tarde, mientras el padre de todos los dioses pensaba en la joven, pasó su hija favorita, Atenea, diosa de la sabiduría, la inteligencia, la habilidad, entre otras cosas y le preguntó a su padre:

- ¿Y ahora qué muchacha estás tratando de enamorar? Se ve que es bastante difícil de conquistar, te veo días sufriendo.
- Es una joven muy hermosa — dijo Zeus.

— Sí, claro — dijo su hija — si a ti te parecen hermosas todas las mujeres, ya ni llevas la cuenta con cuantas has tenido hijos. Pero ninguna es tan preciosa como yo ¿No es cierto padre?

— Es que no lo entiendes — dijo su padre — Débora tiene algo que la hace única.

— Lo mismo dijiste con Europa — dijo Atenea — bueno, ahora que conozco su nombre debo ver cómo es ella, para ver si vale la pena que esté con un hombre tan prestigioso como tú, padre.

Y así fue, Atenea fue a buscar a la tal Débora.

— Seguro que no es tan linda y hábil como yo — decía Atenea, segura de sí misma — después de todo, ninguna persona está a la altura de los dioses.

Cuando la encontró, se quedó estupefacta, su padre no mentía cuando dijo que era muy hermosa, era preciosa. Pero eso no era todo, Atenea aún no sabía sobre la cualidad que poseía Débora que la hacía diferente del resto.

Inmediatamente se hizo pasar por una persona común, que tejía telas, y observó como la humilde muchacha ayudaba a una señora con una grave tos que estaba cerca de acabar con su vida.

— Tómese esto, la ayudará — decía Débora.

Era una sustancia espesa de color ámbar, bastante pegajosa pero que tenía un olor agradable.

— Muchas gracias — decía la señora — no tengo idea de que me estás dando, pero confío en ti, he oído hablar cosas muy buenas, dicen que posees las habilidades de los dioses, pero a diferencia de ellos, tú no eres soberbia y arrogante, al contrario, veo que ayudas a muchas personas, de verdad que me sorprendes.

Atenea estaba muy celosa, nunca había oído que le dijeran tales palabras a una persona que no sea un dios.

— ¡Oh! En verdad muchas gracias, no esperaba recibir tales halagos, ¿sabe algo? La verdad es que nunca espero recibir algo a cambio, solo me gusta ayudar porque eso me hace feliz, y, además, ¿por qué no compartir mis habilidades con los demás? — decía Débora feliz.

Atenea nunca había visto algo así, estaba a punto de estallar de la cólera.

— ¡Y encima se hace la buena para quedar bien! Pero que hipócrita — pensaba la furiosa diosa.

La amada hija de Zeus estaba entrando en desesperación, sospechaba que la extraordinaria joven empezaba a sentir un aire de superioridad y temía que realmente fuese más sabia que ella, nunca había visto a una persona con tales destrezas, así que debía pensar en algo para detenerla.

Se le ocurrió una idea brillante, pero debía encontrar el momento perfecto para realizarla.

Unos días después el soberano de todos los dioses se hartó de ir detrás de la muchacha, pues su plan que siempre había funcionado para conquistar a todas las mujeres de las cuales se había enamorado, no daba efecto.

Atenea aprovechó el momento y dijo:

— Oye padre, sé que no debo meterme en tus relaciones, pero ¿no notas que esa muchacha a la que tanto le ruegas, se está burlando de ti? Nunca se ha visto que una persona se haga de rogar de tal manera por un dios, si yo fuera tú, me daría vergüenza.

Zeus se quedó un rato pensando y analizando lo que su hija le había dicho, se dio cuenta que lo que le dijo su hija tenía sentido, y dijo:

— Tienes razón hija, pero qué tonto he sido, todo este tiempo desperdiciándolo como un torpe detrás de esa insípida muchacha. Al fin y al cabo, es solo una mujer más.

El rey del Olimpo cayó en cuenta que estaba perdiendo su dignidad al tratar de conquistar a una joven y que un Dios no debía actuar de esa manera, pues ellos siempre habían conseguido lo que querían fácilmente.

Atenea estaba muy satisfecha, su plan parecía haber funcionado a la perfección. Estaba ansiosa por ver qué haría su padre ahora.

Así que una vez que Zeus se dio por vencido, ya harto de Débora, bajó del Olimpo, con la mirada en alto, como un dios que se hace respetar y le dijo:

— Oye tú.

— ¡Pero si es el dios Zeus! ¿Hay algo que podemos hacer por usted? dijo la humilde joven, tratando de disimular su fastidio hacia Zeus, no lo

soportaba ya que estaba cansada de los intentos fallidos de este para conquistarla.

— Ya me cansé de ti, así que te daré dos opciones y mira que estoy siendo muy considerado contigo por darte a escoger, sabes que los dioses castigamos sin piedad.

Débora estaba muy asustada.

— Tendrás que aceptar de una vez mi amor o de lo contrario te convertiré en un ser feo y te quitaré toda tu belleza.

Débora sabía que de todas maneras llegaría este momento, Zeus no se pasaría toda la vida rogándole, así que ya harta de él, le dijo:

— ¿Sabes qué? ¡Prefiero vivir como un ser feo y desabrido a tener un hijo contigo!

Zeus enrojeció de la furia, ¿cómo alguien tan importante como él, podría haber sido rechazado de tal manera?

Atenea logró convencer a Zeus de convertir a la sabia muchacha en algo sin gracia y muy pequeño para que nunca más “vuelva a sentirse superior a los dioses” así que este, sin pensarlo, la convirtió en un pequeño bicho volador de rayas negras y amarillas que se veía bastante desagradable. Débora había perdido su belleza.

Finalmente, Débora se quedó viviendo para siempre como lo que conocemos como una “abeja”, por cierto, su nombre es propio de origen hebreo y significa “abeja” o “trabajadora como la abeja”. Pero lo que Zeus no sabía era que, si bien es cierto, le quitó su belleza exterior, no le quitó su inteligencia y habilidad y muchos menos su belleza interior, es decir, ese espíritu de ayuda que poseía la dulce joven, o más bien dicho, la dulce abeja. Pronto descubrió que podía fabricar su propia medicina, que es lo que hoy conocemos como “miel de abeja” que ayuda a las personas para muchas cosas como la tos, la piel, quemaduras, etc. La pequeña abeja nunca más volvería a sentirse atolondrada por Zeus y podía continuar haciendo lo que más le gustaba: ayudar a los demás. Débora era el ser más feliz del mundo.

2° PUESTO – CATEGORÍA “B”

CUENTO



Emma María de Fátima Odar Bardales - 2do de Sec.

“La Narradora”

¿Ustedes no se han preguntado alguna vez sobre los sentimientos de un narrador de cuentos?; es decir, los narradores siempre contamos los cuentos o novelas que todos leen, pero mayormente no expresamos nuestros sentimientos, sino los del autor.

Si damos una opinión es del punto de vista del autor. Sin embargo, como siempre, hay excepciones y lo que sucede tampoco es una excepción. Hay un tipo de narrador al cual se le permite contar la historia en primera persona, pero tenemos que hacer todo lo que dice el autor. Aunque esto pasa en cualquier persona, por ejemplo, en tu cuerpo el cerebro es el que manda, si tú piensas; voy a sacar un papel y escribir en él o me voy a levantar en 5 minutos, esto no va a suceder, por más que quieras.

Eso es lo que pasa con los narradores, en lo personal a mí me da mucho miedo que pase eso. Otra desventaja de ser narrador es que los narradores tampoco tenemos nombres, depende del texto que estemos narrando obtenemos diferentes nombres o apodos. Yo decidí llamarme Eri y vivo con mis padres que son narradores internos.

Cuando todavía era menor de edad, recién estaba decidiendo qué tipo de narradora iba a ser en el futuro. Mis padres querían que sea una narradora interna como ellos a lo que acepté, ya que a mí me daba igual. Antes lo que yo quería ser en el futuro, era ser una profesora, pero todos me habían dicho cosas

que me desanimaron como; que sólo los números uno puede llegar a ser profesores, que para llegar a serlo hay un montón de requisitos, que sólo los más capacitados pueden, entre otras cosas.

En fin, si sigo hablando de los narradores, ellos se han distanciado mucho entre ellos, la razón es que algunos piensan que ser narrador omnisciente es lo mejor y otros dicen que es mejor ser narrador interno. En mi opinión hoy en día no importa qué clase de narrador seas, dado que en cualquier caso hay tres simples reglas que son:

No cambies el final ni el contenido de la historia.

Si decides ser un tipo de narrador, lo eres hasta el final.

Si empiezas a trabajar en una empresa, te quedas ahí.

Con estas reglas te están obligando a ser alguien que no eres y a seguir opiniones que no son tuyas. Lo peor es que al final no te reconocen a ti, sino a la empresa en la que trabajes. El gobierno ha dicho que es para que todos tengan el mismo trato y que ningún narrador se crea mejor que otro. Sin embargo, lo que te dicen no es del todo cierto ya que siempre habrá alguien que se lleve todo el crédito. Normalmente mi profesora me regañaba por decir cosas como esta en clase y distraerme de la narración, me decía que lo único que tenía que decir era lo que estaba en el libro, al pie de la letra y que no podía cambiar las palabras. Lo que siempre le respondía era que lo sentía mucho y que no lo volvería a hacer.

La profesora siempre suspiraba y me decía que sólo aceptaba que falte el respeto a la narración, porque era la alumna tres, después de eso seguíamos narrando el libro como si nada hubiera pasado.

La verdad no sé cómo logré ser la alumna 3, ya mis pensamientos no eran del agrado de los profesores. Además, ser la alumna 3 significa que soy la tercera que tiene más habilidades, según un sistema de enumeración mundial para diferenciarnos, porque como ya lo conté nosotros no tenemos nombre fijo.

El sistema de enumeración consiste que en todas las clases enumeran a las alumnas según sus habilidades, mientras más habilidades tengas menor será tu número, podías cambiar de número, pero el definitivo era el de último año de colegio. La clase 16, que siempre fue mi clase, éramos en total 30 alumnos en

la clase y mis únicas amigas son y siempre serán; la alumna 23 y la alumna 13. A pesar de que la única razón de la que nos hicimos amigas es que nos conocimos desde pequeñas y que después de eso crecimos y ahora tenemos diferentes intereses y gustos, seguimos siendo tan amigas como antes. Mi mayor interés es cambiar el mundo de los narradores y lograr que también haya otras profesiones para que las generaciones futuras no estén atadas a seguir la misma profesión. En resumen, pienso que ser narradora es una profesión muy buena, pero a mí no me gusta esa opción es muy aburrida y repetitiva. Yo le conté esto a mis amigas y ellas me apoyaron, aunque no estén de acuerdo conmigo.

Conforme iba creciendo no faltaban personas que querían hacerme cambiar de parecer, yo opino que como respeto lo que ellos piensan, ellos también deberían respetar lo que yo pienso. Al principio mis padres también querían cambiarme de parecer mas no lo lograron, sino fue al revés. Yo les convencí de que debían respetar mis pensamientos.

Ahora mi nuevo sueño es convertirme en escritora de libros para mostrarle a los demás que debemos cumplir nuestros sueños y no dejar que las opiniones de los demás influyan en nosotros.

También me parece que algunas personas sí son felices siendo narradores, así que lo que pretendo lograr es que existan profesiones aparte y que las puedas elegir, que todos convivan y sean felices y que no solo se enfoquen en narrar los mejores libros, sino también en su vida personal. He escuchado de varios casos en donde un narrador se centraba tanto en su profesión que se olvidaba de su propia familia, espero que este tipo de situaciones desaparezcan.

También me gustaría que llegásemos a tener nombres fijos, esto serviría para reconocernos un gran ejemplo es el nombre que yo me coloqué.

Espero que esta pequeña opinión llegue a ser leída por muchas personas para que en el futuro todos vivan felices y tal como espero, también espero que mi familia del futuro llegué a leer esto. Si es así póngale a mi nieta Mary por favor, porque siempre me ha gustado ese nombre.

-Así que de ahí salió mi nombre, ¿verdad mamá?- se escuchó preguntar a una niña de casi 5 años .

-Estás en lo correcto, la que escribió todo esto es tu abuela-contestó la madre.

-Es increíble-dijo Mary- ¿Me podrías contar más?

-Bien, pero mañana que ya es tarde.

-Está bien-dijo un poco triste-hasta mañana mamá.

-Hasta mañana Mary-dijo mientras cerraba la puerta de ese cuarto.

-Me gustaría que la abuelita Eri estuviera con nosotros para que vea todo lo que logró-dijo Mary y se durmió.

**3° PUESTO – CATEGORÍA “B”
CUENTO**



Macarena de Jesús Echevarría San Martín - 2do de Sec.

“Gracias por compartir esta melodía conmigo”

Cada vez que camino cerca al teatro, no puedo evitar recordar aquella vez en la que la conocí. Tendría como unos 17 años y estaba tocando algunas melodías de piano en mi alcoba. Hay gente que le gusta que alguien más lo escuche, pero yo prefería estar solo cuando practicaba porque no me gustaba que nadie me interrumpiera. Además, mis padres se molestaban si escuchaban, aunque sea un pequeño error. Especialmente mi padre, uno de los mejores pianistas de la ciudad y maestro e inspiración de varios, pero si supieran el cascarrabias que en realidad es, les apuesto un millón de dólares que lo olvidarían, tal como yo lo hice de niño. La verdad es que yo solo tocaba para mí porque cada melodía que creaba era una manera “silenciosa” en la que podía desahogarme y ser yo mismo.

El teatro más importante de la ciudad se percató del potencial que yo tenía y decidió comunicarse conmigo y mi padre para que toque en el festival de verano y acepté porque deseaba tocar algunas de las melodías que yo había creado para al fin compartirlas al mundo.

Este lugar era famoso por dos razones, la primera era por la gran cantidad de famosos que alguna vez vinieron a actuar o cantar en el escenario y la segunda por el gran incendio del 92, cuando hubo una falla con los efectos especiales y el teatro terminó en llamas. Dijeron que hubo muchos heridos, pero tristemente un muerto. Se dice que era una joven cantante llamada Emilia Valparaíso y que

lamentablemente no se encontró su cuerpo. Pero el teatro hizo todo lo posible para volver a abrir sus puertas y unos 7 años después, lo abrieron de nuevo.

Volviendo al tema, le comenté a mi padre mi idea de tocar algunas de mis composiciones, pero no quiso porque temía que arruinara la reputación de la familia, le pedí que al menos se tomara el tiempo de escucharlas, pero no me escuchó.

Tuve que practicar cuatro veces a la semana en el auditorio y no podía evitar sentir una molestia cada vez que presionaba una tecla, era desagradable cómo mi pasatiempo se volvió una tortura gracias a él.

De repente pude sentir unos ojos mirándome, entonces decidí ver quién era y vi a una chica parada viéndome con una expresión muy desanimada. Lo primero que se me vino a la mente fue que ella podría tener una familia adinerada al ver su vestido blanco con unas manchas negras en este y sus lindos zapatos, tenía un hermoso cabello negro con un listón rojo sobre este y unos vivos ojos miel. No era muy alta y parecía ser de mi edad. Iba a decir algo, pero ella empezó a hablar primero:

- Eres un pianista, ¿verdad?

-Pues sí, yo soy el que tocará en el festival de verano.

-No me importa quién seas, solo quiero que se vayan de aquí -exclamó con una mirada un tanto seria.

-No puedo, ¿acaso no me has escuchado? Tengo que tocar para un muy importante festival.

-No lo repetiré - Ahora su tono de voz sonaba más aterrador. -Váyanse de mi auditorio.

-Lo siento, pero no lo haré. Hasta que me des una verdadera razón para irme voy a seguir practicando, ¿entiendes? Así que déjame en paz porque no tengo todo el día.

No pude completar la oración porque la chica había desaparecido, miré a mis alrededores, pero no había ni un solo rastro de ella. Supuse que a lo mejor hablaría con alguien más y soltando un agotado suspiro volví a mi mundo de teclas grises.

Al día siguiente me desperté muy temprano y cuando vi que mi padre no estaba en casa, supuse que a lo mejor se había adelantado al auditorio. Me vestí, tomé

una taza de café y caminé hacia el lugar, pero al llegar me topé con una gran sorpresa: Había varios policías y sus autos afuera y el conserje se veía demasiado preocupado.

- ¿Qué ha pasado aquí? -le pregunté al anciano.

-Bueno jovencito. -titubeó el anciano. -Yo llegué esta mañana a trabajar y encontré el lugar totalmente desordenado y por un momento pensé que eran vándalos y llamé a la policía.

- ¿Entonces ya los atraparon?

-Es que no se trataba de un ladrón, si no de un fantasma.

-Pero si eso es solo un mito.

- ¡No es solo un mito! ¡Todos lo vimos! ¡La silla empezó a moverse sola y de la nada se estrelló contra la pared!

Miré a los policías para ver si tenían algo que decir en contra, pero todos afirmaron con la cabeza y empecé a asustarme bastante. De repente las puertas se abrieron y salió una potente ráfaga de viento que nos sopló y no pude evitar cerrar mis ojos en ese momento. Pero cuando los volví a abrir, aparecí dentro del auditorio. Desesperado, golpeé la puerta mientras gritaba por ayuda, pero ninguno de los policías tuvo la fuerza suficiente para abrirla. Genial, estaba atrapado.

- ¡Resiste jovencito! -me gritó el oficial desde el otro lado de la puerta.

Me quedé estático en mi sitio sin decir una sola palabra hasta que escuché unos llantos y pude ver a una chica sentada en el centro del escenario mientras se cubría la cara con una mano. Pero no era solo una chica, era la misma con la que había hablado hace unos días. Me acerqué a ella silenciosamente, mientras caminaba pude notar grandes cambios en el auditorio, era más elegante, pero a la vez viejo. Y por alguna razón se sentía una pesadez en el ambiente, una negatividad rodeaba el lugar haciéndome sentir angustiado. Y había un terrible olor a quemado por todo el lugar que me daba náuseas. Cuando subí al escenario y la miré atónito, ¿acaso ella no sería el espíritu que había ocasionado todo esto? Toqué su hombro y me sorprendió poder sentirlo, ella se percató de mí y dijo con una voz muy quebrada:

-Ellos me dejaron atrás, nadie vino cuando más lo necesite y ahora yo soy la que debe sufrir esto.

Una ráfaga de viento volvió a aparecer haciendo que unos papeles tirados volarían a lo lejos perdiéndose en la oscuridad del lugar.

- ¿Quiénes te dejaron? -pregunté.

-Este solía ser mi lugar, mucha gente venía aquí porque les importé una vez yo...

Hubo una pequeña pausa hasta continuó:

-Fui amada por muchos. Pero cuando todo estuvo en llamas, nadie vino por mí.

Ni una sola alma...

Estaba desconcertado, ¿a qué se refería con todo esto? Miré sus manos y noté un micrófono en una de estas, fue casi automático como mi cerebro conectó todo:

-Tú eres Emilia Valparaíso, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y volvió a hablar.

-No tuve la oportunidad de despedirme de mi familia o cantar para mi público y yo solo quiero que no sufras lo mismo.

-Yo ni siquiera puedo tocar mis composiciones a mi padre, así que paso por algo similar.

Hubo un momento de silencio entre los dos hasta que volví a hablar.

-Entonces, ¿seguirás aquí por siempre?

-Sí o al menos hasta que realice mi asunto pendiente.

- ¿Y cuál es?

-Yo solo quisiera cantar una vez más -dijo soltando un suspiro-. Entonces ella me miró a los ojos y pude notar una profunda tristeza en estos, solo con imaginarme como sería no poder cumplir tu sueño y perder a tu familia de una manera tan horrenda, me partía el alma en dos. Entonces me levanté y me senté en mi piano que sorprendentemente seguía intacto. Toqué suavemente las teclas y pregunté:

- ¿Te gustaría si formamos un dueto?

-Pero nos hace falta un público.

-No necesitamos uno si queremos pasarla bien, ¿no es así? De eso se trata la música, así que si yo tocaré mis melodías incluso si mi padre no está de acuerdo, tú puedes cantar aquí conmigo. Incluso sin un gran público, porque yo te estaré escuchando y lo disfrutaremos juntos.

Por primera vez pude verla sonreír y créanme cuando les digo que es una de las sonrisas más sinceras que he visto. Se paró frente a mí y me dijo:

-Tú tan solo toca y yo te seguiré.

Asentí con la cabeza y empecé a tocar una de mis melodías, pese a lo nervioso que estaba porque era la primera vez que compartía una de mis composiciones con alguien, disfruté cada momento. Lo que más me sorprendió fue como ella me seguía con tanta fluidez, era como si ya las hubiera escuchado antes. Y mientras la canción avanzaba el teatro fue tomando la apariencia que tenía antes, de hecho, era más bello que la primera vez que lo vi. Me sentía tan feliz y deseaba con todo mi corazón que este momento no acabara porque esto, esto era un sueño para mí. Cuando toqué la última tecla, miré en dirección hacia Emilia, pero ella ya no estaba ahí. Me acerqué y tan solo había un listón rojo tirado en el suelo y una pequeña nota que decía:

“Gracias por compartir esta melodía conmigo”.

1° PUESTO – CATEGORÍA “C”

CUENTO



Mariana Niño de Guzmán Ismodes - 3ero de Sec.

“Isa”

Miro directamente al cielo y me encuentro con tímidos rayos que no parecen transmitir ningún tipo de calentura; es como si el sol estuviera por obligación y no quisiera cumplir su función.

Es extraño, porque el calor de la sierra es diferente al de la costa. Trabaja traviesamente quemando, atacando, apapachando con una fiebre directa a la cara, mientras que el cuerpo cubierto por el frío permanece sin sonrojarse. Un día inusual, quizás. Alrededor del sol hay nubes de considerable tamaño que a mi percepción le aportan belleza al paisaje, se ven tan imponentes, pero al mismo tiempo tan frágiles que con un soplo se desperdigarían en fracciones. La gran masa que encierra las nubes es el cielo del pueblo, su pigmento es celestoso, aunque en algunas partes lo siento más azul. De todos modos, es una preciosa obra que pocas veces se contempla. Me quedo a la merced del sublime techo de este precioso momento. Al bajar la mirada y luego la cabeza, siento que mi cuello se ha entumecido.

Sigo caminando, aunque me vuelvo más consciente del frío que existe por las ráfagas de aire que estremecen el bosque, son meses de verano, pero mientras madura la tarde todo es más helado. Me cierro completamente la casaca color melocotón que me baila en los hombros. Su procedencia podría ser de mi mamá, aunque nunca se la he visto puesta. Mis manos están realmente frías y en un

apresurado intento de meterlas en los bolsillos, me doy cuenta de que no existen tales compartimientos.

Llego a un riachuelo que parece estar calmado y sin mucho impulso de la corriente, a diferencia de otros en los que las gotas salpican las pantorrillas como una suerte de jugueteo. Con un brinco aterrizo en unas piedrecitas y sigo caminando por tierra húmeda que en algunas partes llega a ser lodosa por la lluvia de anoche. Si bien en el pueblo no hay ninguna parte asfaltada, en algunas callejuelas (sobre todo en el radio de la placita) hay un decente camino a base de piedras grises, es bonito y va en armonía a las casas.

Me detengo a darme cuenta de lo puro que es el aire en esta altura, debe ser por la infinidad de árboles y plantas. También capto el detalle del olor constante a una planta, aunque no logro descifrar cuál es. Me guío por el aroma fijo hasta que llego a un arbolito de pimienta colorada. Lo sé porque mi abuela por parte de papá tenía un diccionario mental acerca de plantas. Recuerdo vagamente el momento, pero pese a ser de los pocos que tengo con ella, estoy segura de que fue algo así; Caminábamos por la vereda yendo a algún lado en un día caluroso (lo recuerdo porque yo acarreaba un sombrero de rayas estilo cebra que no me gustaba), cuando un perrito color pardo apareció y fue corriendo hacia una casa con verja. Yo tenía 6 o 7 años y a falta de no tener mascota en casa, me atraía por cualquier animal de la calle. Lo seguí y me llevó hasta una casita que tenía un jardín y debido al cerco, el árbol más viable era justamente uno de pimienta colorada en crecimiento. Yo ni siquiera me molesté en fijarme en eso, pero a mi abuela, que iba detrás de mí, fue lo único que la hizo quedarse un rato. Agarró un ramito y antes de irnos me dijo lo siguiente: “Está es la pimienta colorada, no es tan fuerte como la negra, pero es algo así como su prima”.

Hoy es una de las pocas veces que salgo a caminar por el pueblo. Me encantaría vivir aquí y solo aquí. Comala es un contacto directo con la naturaleza, todos sus habitantes andan en lo suyo y casi no hay turismo, lo que hace que se preserve el sentimiento espontáneo y genuino de pueblo chapado a la antigua. La plaza es el lugar más concurrido, es pequeña, pero puedes encontrar una que otra tienda de artesanía para los escasos visitantes que llegan, y una delicada Iglesia con hermosas pinturas por dentro que decoran la experiencia y hace que no se sienta tan vacía. El resto del pueblo es ganado, casitas, campo, bosque, y

algunos lugares comunes como el horno local. Aquel horno tiene historia, existe desde siempre y el dueño es un viejito agradable. Cobran veinte soles la horneada de un chanco o pavo, y en fechas festivas cierran a las nueve de la noche. Todo justo, todos contentos. Donde yo me encuentro ahorita es más allá del núcleo del pueblo, por los maizales. "Mastizales", como diría mi hermano. Él también tiene un diccionario mental, solo que con sus propias frases y vocabulario. Estos "mastizales" están en una parte alejada con poquísimas casas, pero con muchísimo verde en forma de hojas de todo tamaño.

Luego de unas horas, asumo que he caminado lo suficiente porque el sol está por esconderse. No he llegado muy lejos por las paradas que tuve para saborear los ciruelos y peras que saqué de los arbolitos favoritos de mi abuelo. Doy vuelta atrás para volver a mi casa, cuando en cuestión de 3 o 4 pasos, justo detrás de un gran arbusto me encuentro a Isa, la vecina de mis abuelos. Tiene 13 años, un año mayor que yo, pero aparenta unos nueve por su estatura y contextura. Sus ropas están llenas de barro y sus rizos tienen pedacitos de hojas y ramitas que solo logran que el cabello se le vea más enredado. Casi que puedo sentir el frío en sus brazos que están totalmente desnudos y sin protección. Su rostro moreno solo confirma lo que ya suponía, lo puedo ver en sus labios agrietados con llagas causadas por el frío, y en sus dientes, que castañetean. Me aproximo y le ofrezco mi casaca que después de todo el día entre el pasto y la tierra ya de melón no tiene nada. Ella vacila inicialmente, pero el frío debe ser más fuerte que cualquier duda, entonces la acepta con una preciosa sonrisa chimuela y tierna.

A Isabela la conozco desde hace mucho tiempo, pero ella nunca me ha contado nada de su historia, lo que sé lo sé por relatos de mi abuela. Viene de una familia muy pobre, sus padres murieron cuando ella tenía 7 años, ambos por alcohólicos. Es hija única y aunque de vez en cuando recibe ayuda de su madrina, su tío es el tutor legal. Ese es el problema. Ese señor no se ocupa muy bien de ella, en parte también por tener problemas con el alcohol. La deja todo el día fuera de su casa mientras él sale, a veces, a trabajar. Compra vacas y toros flacos, se encarga de engordarlos para luego venderlos a mayor precio. Mientras tanto, la deja sola vulnerable a la lluvia, granizo y sol. Nunca he visto a ese sujeto porque pareciera que siempre está ausente, pero cada año que vengo

al pueblo siento que la situación empeora. Una pareja la intentó adoptar, pero el tío se mantiene firme en no aceptar. La vida de Isa debe ser muy dura.

De pronto, las nubes ya ennegrecidas hacen un ruido raro, seguido de una fuerte lluvia. Hago ademán para entrar a mi casa así que vamos juntas hasta el portón verde a tocar el timbre. En la espera de que nos abran le pregunto si tiene hambre, ella no responde, pero igual le muestro unos cuantos ciruelos que me quedaron. Terminó agarrándolos y solo la observo deleitarse del último frutito rojo. Cuando se lo acaba, me hace saber su satisfacción con un "Gracias" acatarrado.

Mi abuela (por parte de mamá) abre apresurada y viene con canastas de plástico verde, es su color favorito. Nos entrega uno a cada una y pide que descolguemos del tendedero del jardín la ropa ya húmeda, para que no se moje más. Luego nos deja entrar a la casa previamente sacándonos los zapatos mugrientos y empapados. Veo a Isa con una expresión de asombro y curiosidad. Esta vez no es necesario preguntarle qué sucede, ella misma me dice que nunca había entrado a la casa, solo había estado en el jardín. Me abrigo con una manta y a ella le presto (o quizás regalo) una chompa azul para que se cambie la sucia que primero le di. Mientras se cambia recién noto que el polo que lleva fue mío en algún momento. Ese naranja con bobitos y lentejuelas plateadas me dejó de quedar hace dos años, junto con más ropa que mi mamá le manda desde Lima.

Nos sentamos en el sillón verde de la sala, el que está al frente del largo y elegante tocadiscos de madera. Es un poco tímida, pero al cabo de un rato ya estamos conversando acerca de varias cosas. Ambas estamos de vacaciones. Ella va al colegio del pueblo, encargado de los curas de la capilla. También suele almorzar con ellos, pero me cuenta que hoy comió donde un vecino, quién le ofreció un plato de una matasquita de carne.

-Estaba riquísima, pero no alcanzó arroz para mí. ¿Qué almorzaste tú?, añadió.

-Lagua de maíz preparada por mi abuela Carmen.

Cambiamos de tema y preguntó por mi hermano. Respondí que está de vacaciones en España, por un intercambio.

- ¿Qué es eso? ¿Está más lejos o más cerca que Lima?

Al parecer ella no sabía qué era ni dónde quedaba España.

-Está muy muy lejos, más lejos que la ciudad, e incluso más lejos que Lima.

Fue un gusto volver a verla, desde el verano pasado que no hablábamos. Ese 24 de febrero fue un verdadero carnaval. Inflamos dos bolsas de globitos de agua marca payaso (así estaba escrito en la bolsa, junto a la imagen de un payaso animado riendo) que compramos con dos soles en una bodega de la plaza. En el jardín de mis abuelos los llenamos uno por uno y así salimos corriendo cuesta arriba lanzándonoslos.

También se sumaron algunos niños más pequeños que se bañaban de una nieve artificial en aerosol a cualquiera que se les aproxime. Después de unas horas de jugar, cada uno vuelve chorreando de agua a su casa, para darse una ducha bien caliente, enjuagarse los restos de nieve y serpentinas, abrigarse y tomar un matecito de hojas de hierbaluisa. Hasta ahora no me había preguntado qué hizo Isabela ese día, y cuánto tuvo que esperar congelándose en medio de la calle.

Al día siguiente después de almorzar el pastel de choclo que preparamos entre todos y comer de postre la leche asada que cocinó mi abuelita, tomé una siesta en el sol para hacer tiempo hasta que sea la hora de ir por Isa. El cielo está más claro porque llovió toda noche y por ley hoy tiene que ser día soleado. Cuando desperté ya eran pasadas la 6 y hacía bastante frío. Ya mañana pasaré a verla.

La mañana del viernes todos nos levantamos bien temprano para partir después del desayuno. Preparamos jugo de papaya, café, calentamos pan y abrimos tres paltas. Una hora después voy a ordenar el bolso y meto todo en la mochila para ya irnos, no sin antes tener que pasar un rato donde Isabela y despedirme. Arrastro la escalera hasta el arbolito de higos y bajo algunos para regalárselos. La mayoría están arruinados por los picoteos de los pájaros que rondan por ahí, pero escojo los mejores y los coloco en una canastita.

Salí de la casa con todas mis cosas y bajé toda la cuadra hasta llegar al arbusto de ayer. Isa está vestida con un polo rojo de algodón y un overol de jean que también hace años fue mío. En sus manos tiene la chompita azul que le di. Bajamos hasta la placita y en el camino le expliqué por qué no pude ir ayer. Ella me cuenta que ayer su tío no llegó hasta en la madrugada y por eso durmió fuera de su casa. Por la descripción que me dio seguramente ese señor estaba ebrio.

-Llegó alterado porque otra vez no le compraron. Ya van semanas sin vender nada.

Isa explicó que ayer él había ido como de costumbre a una feria en la ciudad, donde llevó 3 toros grandes y 2 vacas robustas. Un señor se vio interesado e incluso se ofreció a comprarle uno de sus toros, pero por un precio mucho menor. El tío rechazó la oferta porque el valor de sus animales no es negociable. Así no ganó nada y perdió de nuevo el dinero del transporte.

Ella dice que su tío le repitió toda la noche que si las cosas siguen así quizás ya no se pueda hacer cargo de ella, que no sabe de dónde sacar plata. Pensé que acá debería entrar la madrina que me dijeron que existe, pero Isabela nunca la menciona. Me da tanta lástima e impotencia no poder hacer nada por ella. Ahora sí me preocupa mucho más ella. No sé qué va a pasar, ni siquiera sé si hoy comió. Empiezo por ahí, averiguando si desayunó. Afortunadamente los curas le sirvieron torrijas de calabaza y un plátano. Eso me hizo acordar de los higos que coseché hace un rato así que le entregué la canasta. Esta vez no los come, solo los cuenta, mete en el bolsillo del overol y agradece. Ella a cambio me pasa la chompa con sus manos heladas. Por supuesto insisto en que la conserve.

Hablamos unos minutos más hasta que mi mamá pasa por nuestro costado diciendo que es hora de irnos. Me despido de Isa y ella me muestra otra sonrisa chimuela. Espero verla de nuevo, espero que por lo menos se quede en el pueblo y pueda seguir en el colegio de los sacerdotes. Ojalá su tío venda algo de su ganado y todo mejore dentro de lo posible. Después de todo esa es su realidad, rutina y vida.

2° PUESTO – CATEGORÍA “C”

CUENTO



Gabriela León Esquivel - 3ero de Sec.

“La sombra de mi lado”

Al tan solo levantarme sentí mi corazón latir velozmente, las gotas de sudor corrían por parte de mi cuello y cara, ese horrible pensamiento estaba en mi mente día y noche, esa sombra me perseguía y no me dejaba en paz, pero yo, sin saber qué hacer, me dejaba consumir por los designios de aquel extraño ser.

Podría haber pedido ayuda a todas las personas existentes que estuvieran cerca de mí en ese momento, sin embargo, nadie parecía inmutarse para ayudarme, me veían derrumbándome, como si de un castillo de arena al ser aplastado se tratase. Pedía ayuda a gritos, soltando pequeños jadeos, al sentir mi pecho cerrarse poco a poco.

Agradezco que sea solo una pesadilla, pero... ¿Por qué se siente tan real y todo el tiempo está dentro de mí? Reprimiéndome, haciéndome sentir insegura, con mucho miedo de quién me puede estar viendo y juzgando a la vez.

Mi madre me llama con un grito pidiendo que baje a desayunar.

- ¡Hija! ¿Por qué demoraste? Tu desayuno se va a enfriar, siéntate ya.

- Lo siento madre, estaba buscando mi uniforme para la escuela.

Solo me dispuse a comer mi desayuno, pensando en alguna razón que me dé una respuesta a todos estos nuevos sentimientos que experimento estos últimos meses.

Tal vez solo sean pesadillas o estrés, tómalo con calma.

Pensamientos de este tipo solo pasaban por mi cabeza buscando una manera de olvidarme del tema.

- ¡HIJA! ¿En qué estás pensando? No pones ni un poco de atención a lo que te digo.

- Perdón, ¿qué decías? ¿Qué vaya por la ropa de la lavandería al final del día? Claro yo lo hago- le dediqué una sonrisa fingida, mientras intentaba asomar una expresión relajada -Nos vemos más tarde, madre.

Al salir de mi oscuro y lúgubre hogar para dirigirme a la escuela, me percaté que estaban algunos de mis vecinos, algunos regando sus plantas, otros sacando a pasear a sus mascotas y otros como el señor Hawkins, un anciano de unos 65 años aproximadamente, o al menos eso es lo que supongo, que solo se sienta en su silla mecedora para pasar el día ahí, muchas personas piensan que es una persona demente y que necesita ayuda psicológica, pero yo lo veo como una persona muy normal sin ningún tipo de problemas, sin embargo, evito tener mucho contacto con él.

Caminaba por los pequeños y angostos pasajes de mi barrio, cuando de pronto sentí una presencia extraña acompañándome, era esa sombra oscura, pero esta vez no me encontraba durmiendo, era real.

Empecé a correr desesperadamente, mis piernas cada vez temblaban más y mi corazón latía sin parar, a una velocidad excesivamente rápida. Esta sombra no dejaba de seguirme, desvía mi camino de la escuela hacía otro lugar, llevándome a un bosque solitario y melancólico.

Al tener muchos árboles cerca solo decidí esconderme detrás de uno de ellos. Aún podía sentir esa incómoda presencia, aquel ser que me perseguía por días.

¿Qué quiere de mí? ¡¿QUÉ ES LO QUE DESEA DE MÍ?!

Volteo la mirada y encuentro a este ser, parado a mi lado, mirándome fijamente, me sobresalté al notar que está acercándose hacia mí, pedía por favor que no me haga daño al no tener escapatoria alguna.

- De-déjame por favor, no me hagas daño- lágrimas empiezan a caer por toda mi cara, haciendo notar una expresión de desesperación y susto en mi rostro, y rápidamente lo cubro.

- Tengo miedo de que me hagas algo, no sé qué eres o qué quieres de mí, pero por favor no me hagas daño, tengo miedo, tengo miedo...

Abro mis ojos al no sentir esta extraña presión que sentía antes, el ente se había ido, ya no sentía esa tensión causada por el miedo y preocupación.

Todo el ambiente era cálido y no tan triste como antes, el canto de los pájaros se escuchaba a todo volumen, las flores eran llamativas y los árboles tenían frutos colgando de sus ramas, generando una explosión de colores.

Al parecer ya no había nada de qué preocuparse, me levanté rápido del suelo manteniendo mi postura y la frente en alto, caminaba sin rumbo por el bosque, divisando todo a mi alrededor, era todo tan hermoso, que por momentos olvidaba que estaba perdida. Sin embargo, reaccioné y pensé en mi hogar, y en que tenía que regresar, a pesar de que allí me sentía sola y triste, a pesar de tener a mi madre dándome cariño y apoyándome en cada paso, pero por alguna razón no sentía ganas de volver. Intenté buscar la forma de salir de ahí, a pesar no querer hacerlo.

Pasaban las horas y pude ver la luna aparecer, haciendo desaparecer la oscuridad del cielo de la noche, cuando eclipsaron las diminutas chispas brillantes en el cielo.

Mi preocupación más grande era si no encontraba alguna salida de vuelta a mi casa, ¿dónde pasaría la noche? O ¿qué comería?

Pasé horas de horas en ese lugar, y no encontré ninguna manera de salir, ya caía la madrugada y a lo lejos veo luz, un poco de esperanza había en todo este montículo de tristeza y soledad. Corrí hacia esa luz, me percaté de fogatas que había a lo largo del camino, seguí esa ruta, hasta llegar a algunas cabañas cerca

de ahí, por fin, después de haber vagado por todo el bosque encontré presencia humana, una posibilidad de ayuda, si es que no lograba encontrar alguna forma de salir de ahí.

Sin mucha espera, empecé a tocar la puerta de la primera cabaña que encontré, esperando que alguien saliera de ella, al poco tiempo sale aquel vecino que tanto había ignorado, el señor Hawkins, con una expresión asustada, no es nada normal que te toquen la puerta en medio de la madrugada. Al verlo solo me arrodillé en el suelo como señal de cansancio y súplica.

-Por favor, ayúdeme, no tengo a donde ir y estoy completamente perdida, déjeme quedarme aquí por favor- las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas.

- ¿También te trajo aquí?- me tomó de la muñeca y entramos en la cabaña.

-Sí, también me trajo aquí, ¿usted también lo veía? La sombra, ¿la veía?- pregunté, mostrando un poco más de calma.

-Pequeña, te metiste en un gran problema, en el que yo estoy metido hace 3 años, dime ¿cómo me veo allá afuera?

- ¿A qué se refiere señor? Usted está aquí conmigo- muestro una expresión confundida.

Se sorprende por la conclusión a la que llega la pequeña niña que tiene al frente suyo -.Ese no soy yo, lo que está allí afuera es la sombra, busca a las personas que se sienten solas por dentro, para guiarlas a este lugar “mejor” pero es más triste aquí, mientras él afuera busca a otras personas para traerlas aquí, muchas personas vienen a diario, pero nunca logran sobrevivir por falta de alimento y por la desesperación que los embarga, me alegro de que hayas llegado a encontrarme.

Sin comprender nada aún, me siento en una silla que tenía cerca, intentado procesar todo lo que acaba de comentarme - ¿Y cómo podemos salir? ¿Hay alguna forma?

- Hasta ahora no la encuentro, pero puede haber alguna- asiente un poco mientras se dirige a la cocina a traerle un poco de pan y frutos junto con un vaso de agua -.Ten come y bebe un poco, debes tener hambre.

- Muchas gracias- recibo la comida y de inmediato la empiezo a comer .Debe haber alguna forma de salir, tenemos que encontrar la forma- levanto la mirada, dando una señal de entusiasmo -.Salgamos mañana temprano, busquemos la forma de escapar, no podemos quedarnos de brazos cruzados- abro mis ojos exaltándome un poco.

-Está bien, no perdemos nada intentando- levanta los hombros con muy poco positivismo.

Al ser ya muy tarde para dormir, dando las 5:30 de la mañana, empacamos algunas cosas, como comida, agua, linternas, cerillas y armas de defensa personal en mochilas pequeñas.

Dejamos una nota dentro de la cabaña sobre la mesa donde decía ¡ESCAPEN! con letras muy grande y en color rojo para que sea una advertencia para aquellas personas que pudieran encontrar la cabaña.

Embarcamos nuestro viaje en busca de la escapatoria, buscábamos alguna forma de identificar la salida, recordando un poco los lugares que había recorrido ayer, el sol era infernal, muy radiante, hacía que nos agotáramos mucho más de lo que ya estábamos, cada cierto tiempo nos deteníamos a tomar un poco de agua y comer algo.

Después de muchas horas de caminata divisamos una pequeña parte de edificios y casa que se veían a lo lejos, dando a entender que estaban en la salida del bosque.

-Señor Hawkins, mire, es la ciudad- mirando la salida acercase - ¡ESTAMOS MUY CERCA! Podemos salir, vamos- corrí con toda emoción transmitiéndose en mi cara.

Al poder salir de aquel martirizante lugar, caminamos con dirección a nuestros respectivos hogares, era la primera vez que podía ver mi vecindario con un poco de felicidad y entusiasmo de estar ahí, aquel que tanto había despreciado, ahora lo podía ver de otra manera, estaba feliz de estar en mi hogar.

Al ver mi casa a lo lejos aceleré mi caminar hacia ella, alejándome del señor Hawkins.

Sin parar empecé a tocar la puerta principal de la puerta de mi casa.

- ¡Mamá! Estoy aquí, ábreme- al verla abrir la puerta me lancé a abrazarla sin esperar algún saludo por parte de ella. -Mami, estoy aquí, volví- me separé un poco y noté que me veía con cara de confusión y miedo.

- Disculpa... pero ¿Quién eres?

3° PUESTO – CATEGORÍA “C”

CUENTO



Miranda Fernanda Morón Herrera - 3ero de Sec.

“La Pesadilla”

Otra vez estaba recostada en mi cama, con los ojos llorosos, acababa de llegar a mi casa. Eran las 10 de la noche y lo único que podía escuchar era cómo mis padres peleaban en la otra habitación, las paredes eran tan delgadas que se oía todo, la verdad dudo que hayan notado que llegué. Agarré mis auriculares y le puse play a nuestra canción favorita “Levanter”.

Solo ha pasado una semana desde que te fuiste, siendo sincera nunca pensé que podría perderte, no tienes idea de cuanta falta me haces, te extraño más que ayer pero seguramente menos que mañana. Al cerrar mis ojos solo puedo verte a ti y recordar todo lo que vivimos juntos.

Mis lágrimas insisten en salir y yo ya no puedo contenerlas más, me siento tan perdida, tan sola. No puedo dejar de pensar en que pude hacer algo para evitar tu partida, lamento no haber notado lo que te pasaba antes.

Sin darme cuenta ya eran las 5:00 a.m., no había podido conciliar el sueño, otra vez. Me preparé para la escuela, la verdad lo único que ha cambiado en ese lugar es que faltas tú, diciendo buenos días mientras en tus manos cargas un capuchino que compraste en Starbucks porque olvidaste desayunar, con tu cabello desordenado esperándome en la entrada del aula. Cada que recuerdo estos momentos cotidianos que pasamos, me siento como si me hubiesen quitado una parte del corazón.

Me adentré al salón, todos dirigieron su mirada hacia mí, era una mirada de lástima y pena. Después de todo, ahora estaba sola, me sentía destruida por dentro.

Pasaron 6 meses desde que te fuiste, y nada ha cambiado, me siento más perdida que antes, te necesito más que nunca, parece que el mundo está en mi contra, aún no me rindo del todo y no pienso hacerlo, solo por ti.

Mientras hacía mis maletas para mudarme al campus de la universidad, mis padres empezaron a discutir, otra vez, revisé mi teléfono y marqué tu número sin esperar respuesta -el número que usted ha marcado no se encuentra disponible- no sé por qué aún llamaba a ese número cada vez que me sentía mal, sabiendo que no había nadie que respondiese. Me puse a escuchar música para distraerme, hasta que sonó "*Lovesong*", a los pocos segundos estallé en llanto, había reprimido mis sentimientos frente a todos por mucho tiempo, quería seguir adelante, quería sobrevivir y tratar de desatar el nudo que tengo en mi garganta, siento que vivo en una película triste, de esas en las que no puedes parar de llorar y tienes que tener una caja de pañuelos a tu lado, o tal vez era una película de terror, donde un monstruo invisible me consumía lentamente hasta dejarme vacía por dentro.

Al terminar mi tarea decidí dormir un poco, pero no pude, cogí mi teléfono y empecé a mirar mis viejas historias de Instagram, las lágrimas no tardaron en salir. Mis padres siempre que veían mis ojos hinchados a la hora del desayuno decían "deberías superarlo, ya pasaron 6 meses" o "ya deja de llorar por alguien que no apreció su vida", yo solo los ignoraba y trataba de seguir el día como de costumbre.

Dejé mi teléfono a un costado y abrí una caja que tenía en el armario, ahí estaba, lo único que dejaste físicamente en este mundo, tu carta de suicidio, por alguna razón empecé a leerla.

"Nunca quise nada tanto como te quise a ti, pero es hora de dejar de fingir que me siento bien, estarás bien sin mí, eres fuerte y muy valiente, lamento tener que hacer esto pero ya no puedo aguantar más"- mis lágrimas empezaron a salir- "me siento perdido, quiero agradecerte por estar conmigo en mis mejores y

peores momentos, y de nuevo quiero pedirte perdón, no quiero que vivas pensando que hiciste algo mal porque no fue así, es algo mío y espero algún día puedas entender por qué hago esto, aunque no esté físicamente te acompañaré hasta el fin del mundo, me haces e hiciste muy feliz, pero llegué a mi línea roja, ya no puedo seguir, soy un perdedor en el juego de la vida”.

Decidí dejar de leer y solo salí corriendo de mi casa, era verdad, aún no entendía por qué te fuiste, por qué me dejaste. Tal vez estaba siendo muy egoísta pensando solo en mí, pero no sé qué hacer para verlo desde tu punto de vista y sé que tengo que dejarte ir, pero no puedo.

Sin darme cuenta llegué a ese horrible lugar, ese que trae de vuelta a la vida, esa horrible imagen que no puedo borrar de mi cabeza, decidí girar para regresar en mi casa, pero solo me quedé ahí, era como un tatuaje en mi memoria, tú saltando por ese puente.

Tenía miedo de voltear y verte a ti saltando otra vez, tengo miedo de voltear y encontrarme a alguien que me pregunte si estoy bien y yo no pueda hablar.

El nudo de mi garganta cada vez se hacía más fuerte, levanté mi mirada y no podía creer lo que veía, eras tú.

No podía moverme, parecía que estaba en estado vegetal, hasta que vi que te alejabas – no te vayas – no sé cómo, pero empecé a correr detrás de ti, pensé que podría alcanzarte si seguía persiguiéndote, pero te alejabas cada vez más – ¡NO TE VAYAS POR FAVOR! - seguía gritando mientras corría detrás de ti, unos minutos después te detuviste, era mi oportunidad, corrí lo más rápido que pude y te abracé, era el abrazo que más necesitaba, no podía parar de llorar.

Levanté mi mirada, te miré a los ojos y solo vi mi vida a tu lado pasar, todas las veces que me dijiste tonta por haber hecho algo mal, las veces que me explicabas temas de la escuela porque me parecían muy difíciles, todas las pijamadas en las que vimos “Bajo la misma estrella” mientras tomábamos una gaseosa y dejabas que te pusiera una mascarilla, cuando me sentía mal y mis padres estaban de viaje ibas a cuidarme, todos los días en los cuales me esperabas en la entrada del salón, cuando hicimos el pastel de cumpleaños para tus padres y terminamos cubiertos de harina, el día que te conocí en el parque.

Todos esos momentos pasaron frente a mis ojos. – perdón por no darme cuenta antes, tal vez pude haberlo evitado, te amo no me dejes- no podía dejar de llorar, parecía que me había convertido en una fuente.

Tú solo correspondiste el abrazo y mientras me acariciabas dijiste – lo lamento, no sabes cuánto lo siento, yo también te amo y nunca podré dejar de pedirte disculpas por el dolor que te causé- te abrazaba fuerte, como si sintiera que te irías nuevamente, unos minutos después dejé de sentir como acariciabas mi pelo, en mis brazos no quedaba nada solo el vacío y en mi ropa algo de tu olor impregnado, me abracé a mí misma, estaba perdida, otra vez, volví a casa como pude y al entrar me dejé caer al suelo. Por algún motivo esta vez no lloré, solo me quedé mirando a la nada, creo que al fin entendí que siempre te llevaría en mi corazón y en mi memoria, al dejarte ir un peso que cargaba sobre mis hombros se desvaneció – no importa donde estés, siempre te amaré-.

Abrí mis ojos y estaba en mi cama, cómo había llegado aquí, froté mis ojos y vi que todo estaba diferente a como recordaba, ¿había sido solo un sueño? ¿en serio? ¿por qué se sintió tan real?, salí de la habitación esperando verificar si ese horrible “recuerdo” era parte de mi imaginación. Caminé a la cocina y ahí estabas, sentado con tu capuchino mientras revisabas tu celular ¿en serio soñé todo eso? O tal vez, este momento era un sueño. Al verme, apagaste el celular, te acercaste y me abrazaste, no sabía si esta era la verdadera realidad, estaba muy confundida, pero decidí corresponder tu abrazo, seguido a mi acción dijiste - volviste a tener esa pesadilla ¿verdad?

1° PUESTO – CATEGORÍA “D”

CUENTO



Michel Lawrence Tryon - Padre de familia

“Mi hermana Mayor”

Me bajé del carro pensando en el temblor de anoche y cierta preocupación ensombreció mis pensamientos, por haberme despertado a la hora de siempre y no levantar a mis hijas como antes. Ahora duermo poco pero profundo, y siento que estoy jugando un minuto intermedio de la segunda mitad del partido de mi vida.

Toqué el timbre y golpeé con los nudillos la reja metálica con vidrios, a través del cual se filtraba la difusa imagen, velada por el polvo y la telaraña, de la vetusta puerta de la casa de mi hermana mayor, toda raída y carcomida por la termita y el comején.

Repetí la operación varias veces y la llamé por su nombre, aspirando en el proceso y sin querer, el efluvio y la miasma de los gatos callejeros que usaban el follaje reseco como residencia.

Mi hermana no atiende ni responde. Probablemente esté durmiendo, o no se le dé la gana de recibir a nadie. Mis dudas y alerta se enfocan ahora en ella, urgiéndome para escalar a la siguiente opción. Cojo el celular y marco su número, una antigua foto suya sonriente, ya entrada en años, aparece en la pantalla. Su teléfono empieza a resonar desde el interior incierto hasta mi oído, y se anuncia ansioso y solitario con largos repiqueteos que se diluyen en el rumor urbano; sin respuesta ni nada.

Comienzo a transpirar frío y apelo a atizar el cristal con mis llaves. Trato de darle ritmo al ensordecedor golpeteo, para no asustarla: toc, toc toc toc, toc-toc!, pero mi hermana sigue sin atender y no percibo sonidos en el interior. Se me humedecen las palmas de sólo imaginar cosas, augurando un mal hado.

Los minutos pasan y nuestros años también. Mi hermana ya no es la idealista niña-mujer, marisabidilla, activista y temperamental, que de pura rebeldía tiznaba las paredes de su dormitorio con el hollín de velas encendidas y vestía pantalones acampanados con blusas voladas. Ahora es una mujer-niña, viviendo esa edad en la que se regresa a jugar con muñecas, sin rubor por el que dirán. A estas alturas, su vehemencia se ha convertido en obstinación, como la de seguir viviendo sola en esa casa marchita, habitada por arañas, cucarachas y ocasionales ratas, en medio del olor a insecticida y humedad. Contra toda razón, rechaza la ayuda ajena a la familia hasta la renuncia, que celebra como victoria. Se ha vuelto una niña de rostro agrietado y espaldas gibadas por el abandono y el dolor, alimentando mi instinto paternal —o fraternal— hacia ella. Le debo tanto a esta hermana que tanto quiero y que se sacrificó por la familia.

Entre mis cavilaciones y el murmullo externo, creí escuchar: “¡vete, ladrón!”. Pero ¿lo oí de verdad? No me pareció su enérgica voz habitual, sino un dudoso rumor débil y lejano.

A situaciones desesperadas, medidas extremas. Sabía de un truco para abrir la puerta sin llave y no quedó más remedio. Antes, la llamé por su nombre varias veces, anticipándole mi inminente ingreso y al no obtener resultados, tuve que quebrar la puerta apolillada de un ligero empujón y sin mucho esfuerzo. Abrí con cautela y asomé discretamente al interior, cual ladrón.

Allí la vi, tirada sobre el piso de parqué, sin poderse levantar, intentando incorporarse con grotescos movimientos pendulares, con los brazos extendidos al vacío. La fetidez de sus órganos vertidos resultó una preocupación secundaria, ante la gravedad de la caída y las probables consecuencias de una probable isquemia. Era inevitable traer a la mente el derrame cerebral, teniendo en cuenta los últimos días de nuestro padre. Una oración atravesó mi mente tan raudamente que, cuando me apresté para auxiliarla, ya había terminado. No

paraba de anunciarle que era su hermano menor; quería tranquilizarla, pero me salían disculpas por irrumpir en su casa.

Haciendo caso omiso a sus enérgicas protestas, hice de tripas corazón y delicada, pero firmemente, la despojé de su pantalón y el resto de su ropa. Ella me insultó con palabras y frases capaces de atravesar a un corazón desprevenido, pero yo estaba demasiado enfocado en atenderla, para prestarle real atención.

Nunca la había visto desnuda, y ahora la tenía ante mí, indefensa, con la piel flácida, temblorosa y descolorida, toda apergaminada y cubierta de lunares. Fue también la primera vez que, a mi pesar, tuve que aplicar fuerza sobre ella, para poder limpiarla. La envolví inmediatamente en el cobertor del mueble y tuve que dejarla sola unos instantes, para traer agua, toallas, y ropa limpia y seca. Le di un beso en la frente antes de subir al segundo piso, que rechazó volviendo el rostro y sin quitarme una mirada capaz de atravesar muros, me espetó retorciéndose:

- ¡Ladrón, no tengo nada para que me robes, vete de acá!

Como alguna vez hiciera con mis hijas pequeñas, la cambié la muda como a una bebé de grandes dimensiones. La limpié con paños húmedos lo mejor que pude y sequé con la toalla raída. Una vez vestida y abrigada, la acomodé sobre su sofá de siempre, no sin antes comprobar moretones y reflejos. También le hice preguntas de ayer y hoy, salpicadas de te quiero y frases amables.

Minutos después, ya no recordaba cómo se había caído, ni siquiera que se había caído. Tampoco tenía conciencia de que la hubiera cambiado o limpiado contra su voluntad. Pero tenía frío, sed y hambre. Así que después de trapear velozmente, disponer de la ropa sucia y aplicar desinfectante con aromatizador, me asexé yo mismo y le preparé un aperitivo caliente y sustancioso.

Mientras comía, paulatinamente se fue mostrando de mejor humor. Hablaba sin parar y se distraía observando viejas fotografías sobre la mesa. Si bien no le encontré evidencias de trauma, la noté inusualmente verborreica y, cuando se animaba a acomodarse, hacía un gesto de fastidio cogiéndose la nuca. Consultada al respecto, culpó la mala posición en que había pasado la noche,

sentada y encorvada, viendo la televisión luego de un extenuante día dedicado a refregar el piso, aplicando el secreto que escuchó en algún programa de variedad: cáscaras de naranja.

Decidí que no era necesario exponerla a una mala noche en la clínica y que la llevaría al geriatra al siguiente día, para un examen general y tomografía. Por ahora, permanecería con ella.

Mientras continuaba con la discreta evaluación, ella evocaba minuciosamente pasajes de nuestra infancia y eventos que tenía archivados en profundos lugares del subconsciente. Ocasionalmente, hacía una que otra infidencia, develando inocuos secretos familiares de épocas remotas, riéndose al contarlas como si fueran travesuras. Pero yo, demasiado serio, creía percibir un afán de transmitir esos conocimientos, antes de perderse en el olvido. De vez en cuando, ella volvía a su inseguridad habitual, inquiriendo sobre un imaginario ladrón que había irrumpido en su casa forzando la puerta hace unos días. Felizmente, concluía, tuvo a la mano su escoba y con gritos y amenazas, logró espantar al pericote.

Yo le prestaba atención a veces con interés, otras con dificultad. Trataba de calcular cuánto tiempo estuvo postrada en el frío, a merced de la muerte y el abandono; y me preguntaba qué hubiera pasado si hubiera postergado mi visita uno o dos días más. Luego, la duda me carcomía ¿se habrá caído por mi culpa, suponiendo que yo era el ladrón que forzaba su puerta?

El accidente cambió mi percepción sobre su impostergable necesidad de atención. Las deposiciones que limpié eran recientes, pero revelaron también falta de higiene interior. Era urgente contratar alguien que la ayude a asearse, alimentarse y tomar sus medicamentos a tiempo, alguien dispuesto a acompañarla, pero también a convivir en aquellas condiciones, una persona experimentada que no se deje amedrentar por su legendario mal trato. Noté como se había acentuado rápidamente su decrepitud y joroba. Se incorporaba difícilmente doblada como ele, después de denodados esfuerzos y varios riesgosos intentos. Su andar era lerdo e inseguro, necesitaba asirse de superficies al avanzar, y se apoyaba en una escoba sin cerdas a la que no tenía

intención de renunciar, pues el andador y bastón ortopédico yacían en el olvido, esquinados para que no estorben, a merced de las telarañas. Por mi parte, procuraba ubicar al alcance de su mano bebidas y alimentos de fácil digestión, porque sólo tenía cuatro dientes solitarios que parecían mecerse sin apoyarse entre sí.

Esa situación me obligaba a visitarla periódicamente, aunque no siempre podía. En otro mundo distante y totalmente ajeno a esta realidad, tenía trabajo, una familia nuclear y obligaciones que atender. En esta realidad alterna, no podía darme el lujo de pensar mucho en ello.

Transcurrieron horas y aún no me atrevía a dejar a mi hermana, acompañada solo por sus insectos, fantasmas y recuerdos arcanos. Fuera de la casa la noche había avanzado, pero dentro, la mortecina luz amarillenta de la salita, que proyectaba sombras a los cuadros y a la requetefila de sempiternos adornos vigilantes, resultaba cálida y acogedora, en comparación con el frío y largo trecho de regreso a mi realidad. Esa sala de estar era el único espacio rescatado de convertirse en otro depósito de revistas, botellas, cajas y otros vejesterios arrumados, como el resto de la casa.

Tenía que irme, pero a cada despedida, mi hermana rescataba otra interesante historia, de su inagotable repertorio de pacotilla familiar. Le sugerí que se recostara con la esperanza de que la postura la adormilara, pero se negó rotundamente. Tercamente, quería ver en la televisión su programa de madrugada y aseguraba estar bien y sin sueño. Luego, se justificaba diciendo que tenía la costumbre de descansar así, sentada en su sillón, iluminada por la pantalla y arrullada por la bocina del aparato. Parecía milagrosamente repuesta, pero mi intuición me transmitía lo opuesto. Captando mi desasosiego, mi hermana me animaba a partir, pues ya era tarde y me debía a mi esposa e hijas, lo cual era cierto. En seguida, volvía a contarme más chismes y pacotilla familiar.

Aguardé un rato más. En algún momento, mi hermana me miró como si se le hubiera corrido un velo y me preguntó: ¿cómo te llamas?, no como quien me hubiera olvidado, sino como a quien le costaba recordar un nombre. Se lo dije y le repetí por enésima vez que era su hermano menor, el padre de sus sobrinas

que tanto la adoraban y cuyas fotos estaban prolijamente desperdigadas sobre las mesas y aparadores de la sala. Tampoco recordaba el nombre de sus sobrinas, así que tuve que nombrarlas una a una, señalando sus imágenes enmarcadas y contándole acerca de sus logros y proyectos. Le comentaba lo mucho que la querían y las miles de anécdotas que habíamos vivido en esa casa. Ella asentía complacida. Tenía una extraña luz en la mirada que parecía hacerle comprender que estaba perdiendo la memoria y, al mismo tiempo, daba la sensación que algo más fuerte, tranquilo, cálido y atractivo, desde su interior la arrullaba para no oponerse contra el olvido al que se dirigía.

A esas alturas, casi no podía mantener los párpados separados. Lo más agotador resultaba no poder dedicarme a mis propios pensamientos por un momento, ante los continuos e ininterrumpidos relatos de mi hermana mayor. Aun así, hice un último intento de consultarle si quería vivir conmigo.

- No – fue su tajante respuesta. La dio con un rictus en la boca, que más parecía mueca.
- ¿Preferirías ir a una linda casa de retiro, en la que te sientas cómoda, hagas amigos y te atiendan como a reina? –insistí.

Su rostro cambió súbitamente, devolviéndole un chispazo de energía vital; y luego de una pausa precedida de un suspiro condescendiente, como quien se dirige al hermano menor que no entiende nada, añadió:

- Aquí atendí a nuestra madre hasta que murió y nunca se necesitó de desconocidos ni que la lleven a un asilo. Te puedo contar la historia de cada pared y mueble de esta casa; hasta el sol entrando por las ventanas evocando memorias que atesoro. En este piso yacen mis raíces ¿Quieres que me vaya de aquí? Sácame muerta; no falta mucho, así que déjame terminar mis días bien, a mi manera. No necesito a alguien para eso ¿Acaso te he pedido ayuda? ¿Qué les puede interesar de mí? no tengo nada de valor, puro vejestorio. La verdad es que quieren quedarse con mi casa, tú y tus hermanos; desean deshacerse de la vieja hermana mayor, para quedarse con lo poco que tengo; no les basta con haberse apropiado

de mis ahorros, ni de las fotografías y recuerdos de mamá ¡Váyanse de aquí, ladronzuelos! ¿Qué me crees, que una babosa que no se da cuenta?

Aunque antes de visitarla me configuraba a prueba de exabruptos, no podía evitar sumirme en una profunda tristeza ante su reacción, no tanto porque sus acusaciones febriles tuvieran sustento, sino porque me resultaba evidente que se engendraban en el vientre del temor, la senilidad y la demencia. A pesar de ello, algunas veces sus fabulaciones, especialmente las que revestían cierta coherencia, atravesaban la coraza y me herían, pues la costumbre de toda una vida, de escuchar y respetar a la hermana mayor, estaba arraigada en mi personalidad desde el principio de mi tiempo.

Cabizbajo, le serví un último vaso del jugo de manzana y se lo di con sus pastillas. No debes masticarla, le advertí recordándole la última vez. La tomó bien y aproveché para medirle la presión: marcó 16, un poco elevada, pero ninguna señal de alarma a sus noventa y tantos años.

Mientras tanto, se produjo un bendecido silencio que sirvió para recomponerme y me devolvió la serenidad, agradeciéndolo profundamente. Aproveché para despedirme con un último beso en la mejilla. Ella me miró, con ojos de niña de ayer y me preguntó con naturalidad: ¿Quién eres? Le respondí nuevamente que era su hermano menor, dándole mi nombre y enseñándole mi foto sobre la repisa. Esta vez parecía no reconocerme, aunque mi presencia no le resultaba intimidante.

Has engordado –sentenció comparándome con la imagen y aceptando sin argüir mis palabras.

Al salir de la casa, haciéndole adioses a través de la ventana, me repetía a mi mismo, como estribillo: ¿calidad de vida o cantidad de vida?, ¿asilo o alguien que la atienda en su casa?”. Tenía la sensación de cargar sobre mi hombro derecho, a un pesado angelito bueno, y sobre el otro, al diablito malo, esos que discuten, se contradicen y susurran secretos en cada oído. Tal vez mañana recordaría quién soy, el llamado de la sangre es muy fuerte en nuestra familia. En algún momento, probablemente más temprano que tarde, se apagará el switch y no recordará nada ni reconocerá a nadie. Pero hoy no.

Conduciendo de regreso a casa por las abandonadas avenidas de la madrugada y los semáforos titilantes en ámbar, inmerso en la oscuridad de mi camioneta, el diablito malo se reclinó sobre mi oído con su manita cubriéndole la boca, para musitarme que, en el fondo, lo que hago por mi hermana mayor no es amor al chanco sino al chicharrón... que en su abandono me veo reflejado a mí mismo y la deplorable situación en la que estaré dentro de poco, que tanto altruismo no es más que un intento de paliar mi desesperado terror a la senilidad y la locura, y que nadie me dedicará los cariños y caridades que yo le dedico a ella, en las descuentos de mi propio partido.

San Borja, 06 de mayo 2021

2° PUESTO – CATEGORÍA “D”

CUENTO



Gabriel Amaro Alzamora - Padre de familia

“Anqa de la montaña”

Era una de esas noches en que no se escuchaba ruido alguno de la calle. Todo estaba quieto, calmo, algo único para una ciudad como Lima, la tres veces coronada ciudad de los Reyes, la mega ciudad capital del Perú. Mucho tiene que ver el toque de queda establecido en la ciudad por la pandemia global que aquietaba la noche, cuando de pronto ...

- ... *Zzzzzzzz, zzzzzzzz* - Se escuchó una suave respiración, casi imperceptible ... susurrante.

Mientras estaba leyendo una interesante novela de Murakami, escuché por primera vez aquella respiración, suave, distendida, calma, rítmica, que se entremezclaba con mis pensamientos esa noche. No me hubiera sorprendido si no fuera porque ... estaba sólo en la habitación.

Dejé de leer, esforcé mi sentido del oído para comprobar si era mi imaginación y escuché nuevamente y con claridad el leve sonido ... ahí estaba, pausado, sin prisa, pero ... ahí estaba. Volteé mi cabeza nerviosamente, por lo que podría descubrir, hacia la esquina de la habitación de donde parecía provenir el sonido y ... ¡no había nada! Sólo mi viejo sillón heredado de mi padre, precioso este dentro de su antiguo estilo, pero muy querido por ser una herencia familiar. De madera de caoba de la que ya hay muy poca, madera fina de la selva peruana que no se apolilla ni se degrada con el tiempo, y que se presta a los más preciosos tallados formados por hábiles manos de viejos artesanos, genios maestros escondidos en los talleres de la Lima antigua. Era un sillón de estructura sólida de madera y fino cuero italiano que había pertenecido a la familia durante generaciones, dicen que desde el virreinato.

Comencé a temblar, di un salto y me paré dispuesto a salir corriendo de la habitación, asustado por la “presencia” que estaba acompañándome y que no podía ver. Pero en ese instante cesó la respiración, ya no se escuchaba nada.

Muy extraño, debió haber sido mi imaginación – me justificaba - ¿en qué estaba pensando? Creo que era producto del libro que estoy leyendo. Eso debe haber sido, estaba tan absorto en la lectura y tan compenetrado con los personajes y la situación que estaban pasando que, en ese estado de abstracción de la mente, mi propia respiración podría haberme parecido de otra persona ¡increíble a lo que puede llegar la mente del ser humano!

Mis razonamientos me calmaron. Sí, eso debe haber sido – pensé – me acerqué al sillón, revisé por detrás de él, en la pared, debajo de la cama, pero no había nada.

Lo cierto es que estaba pasando por una situación complicada, el reciente fallecimiento de un familiar muy cercano, sumado a la pena, el estrés, la tensión terrible de esos días se acumulan y nos complican sobremanera. Ya la vida no era la misma, uno se enfrenta a la fragilidad de la existencia y se cuestiona el sentido de la propia vida. En esos momentos uno siente como la tristeza absorbe nuestra energía vital. ¡Es traumático!

Estaba exhausto, había tenido un día intenso de trabajo. Las horas me ganaron, ya eran casi las once de la noche. Dejé mis lentes y el libro junto a la mesa de noche, ya era tarde y tenía que levantarme temprano para ir a trabajar. Me recosté en la cama mirando hacia el sillón, mientras mis pensamientos me llevaban a recuerdos de mi niñez con mi padre sentado en ese mismo sillón. Así estuve durante varios minutos mientras buscaba desesperadamente el sueño. Al rato percibí un aroma a lavanda y canela fresco como del campo, me sentí raro, como con una modorra completa, mirando entre brumas. En eso, la escuché nuevamente, pero esta vez de manera más nítida. La respiración, era rápida, provenía del mismo sitio ... al mismo tiempo vi una pequeña sombra que salía de un pliegue del sillón. No podía creerlo, era una pequeña personita peluda, de facciones finas y tez blanca como leche, caminaba en dos pies, vestía un pequeño gorro de lana azul, un pantalón tipo de lino y lo que parecían unas pequeñas alpargatas. Tenía un morral colgado al cuello. Su cara era amable, parecía joven y por sus movimientos, bastante ágil.

Yo estaba atónito, no me podía mover, ni siquiera hablar, pero a la vez no estaba asustado sino intrigado. Quería acercarme, tocarlo para asegurarme que era

real, pero la pesadez que sentía por la modorra me lo impedía, estaba como entre sueños.

El ser me miró atentamente, estaba nervioso, creo que esperaba que estuviese dormido, me hacía señas como para ver si reaccionaba. Yo no me podía mover, increíble, él estaba ahí, ¡era real!

En eso, escuché su tenue voz:

- Hola ¿estás aquí? – dijo el ser con un poco de temor.

En ese momento, pasaron por mi mente los recuerdos de mi niñez, cuando mi padre me contaba que tenía un pequeño amigo que lo aconsejaba cuando tenía problemas y creía que no había salida. Este ser lo visitaba, conversaba con él y lo ayudaba a encontrar respuestas. Durante años cultivaron una gran amistad. Me contó también que lo había ayudado en situaciones muy difíciles que tuvo que enfrentar y que, gracias a él, salió adelante en momentos críticos.

Yo lo consideraba un cuento creado por mi padre para darme fortaleza y fe en mi mismo, algo así como “cuando uno se lo propone lo consigue” o el famoso “si se puede”. No importa qué tan difícil es el reto o la situación tan extrema que estuviésemos pasando, siempre la fe en Dios y en nosotros mismos, el trabajo duro y nuestra fuerza de voluntad nos sacarán adelante. Sin embargo ¡nunca imaginé que el pequeño ser existía de verdad!

- Oye grandulón, te estoy hablando a ti, ¡sí a ti! ¿Sigues vivo o te dio un ataque cardíaco y ya fuiste? – dijo con algo de sorna y en perfecto español.

Regresé de mis profundos pensamientos y lo vi de nuevo, ahí estaba, no estaba dormido o enloqueciendo. ¡Era real!

- Ho - la - dije sumamente nervioso – aquí estoy, ¿tú eres real? – le dije mirándolo todavía incrédulo.

- ¡Claro que sí! – exclamó el ser.

- ¿Qué eres? – le pregunté atónito aún.

- Soy Anqa – me respondió.

- ¿Qué es un Anqa? – pregunté casi mecánicamente.

- Mi nombre es Anqa y significa Azul en tu lengua, soy el Awki de la montaña – me respondió sonriendo con una expresión que podría considerarse hasta paternal.
- ¿Y qué haces aquí? – le pregunté – si aquí no hay ninguna montaña – terminé de decir una tontería, aunque con dudas.
- Aquí vivo - me dijo con tono burlón.
- En dónde ¿en mi casa? – le pregunté incrédulo.
- Sí y no - me respondió con tono alegre – Vivo en una montaña ubicada entre la sierra y selva peruana. Este sillón es un portal, está hecho de un árbol talado y robado escondidamente de mi hogar hace muuuuchos años y, quiera o no, yo estoy conectado a él a través de la kallpa (energía) universal.

Yo no salía de mi asombro, no podía creer lo que estaba escuchando, dijo que siempre estuvo aquí, conviviendo conmigo y yo ni cuenta. Además, siempre me había imaginado un portal como un haz de luz que se abría en el espacio-tiempo y mostraba el camino a otro lugar ¡nunca pensé que podía tratarse de un simple sillón!

- ¿Por qué crees que te relajas rápidamente cuando te sientas en el sillón de tu papá, mi querido amigo? – dijo Anqa – Esa energía del universo yo la puedo canalizar y me permite ir de un lado a otro, además de muchas otras “funcionalidades” como dicen ustedes en su mundo moderno y tecnológico.

Me vino a la mente las veces que, cuando tenía algún problema, yo me sentaba en el viejo sillón mullido y muy cómodo de mi papá para pensar con calma en alternativas y soluciones. Siempre me relajaba y, ahora que lo pienso, me sentía acompañado, a gusto. Lo cierto es que normalmente terminaba dormido, pero al despertarme lo hacía renovado y con una solución al problema o una ruta a seguir para poder resolver la situación por más complicada que esta fuese. Ahora veo que había “alguien” que me daba una ayudita.

Estuvimos horas conversando, sobre él, sobre mí, sobre el mundo, como viejos amigos que se encuentran luego de muchos años. No recuerdo en qué momento nos despedimos. Pero este encuentro me trajo mucha paz, tal cual mi papá me contó. No sólo se presentó para ayudarme en ese momento, sino que también Anqa quería mi ayuda. La montaña donde vive estaba siendo agredida por la actividad inhumana informal, irracional y sin control que empezaba a afectar gravemente su flora y fauna.

La amistad es de doble vía, por lo que me ofrecí a ayudarlo. Inmediatamente, nos pusimos a trabajar para trazar juntos una estrategia que resuelva la crisis, así se nos pasaron las horas.

Los Awkis, seres mitológicos andinos, son los espíritus y guardianes de las montañas, cuidan los ecosistemas, las fuentes de agua, las riquezas naturales, la flora y fauna. Ya les contaré en otra ocasión qué sucedió con ese problema y las muchas aventuras que pasamos juntos, en donde el sillón, mi viejo sillón, cobró mayor relevancia en mi vida, no solo por lo que significa como herencia familiar sino por el secreto que guardaba.

Me desperté al día siguiente de madrugada, sentado en mi querido sillón, luego de un profundo y reparador sueño. Estoy seguro que mi encuentro con el Awki fue real no un simple sueño, también que no fue una casualidad sino el destino para expandir mi universo y mi propósito en la vida.

Hoy en día, en donde la modernidad y la velocidad en que suceden las cosas tienden a arrebatar nos nuestra capacidad de reflexión, de estar comunicados con los elementos básicos de nuestra existencia, siempre hay un momento para lo que es realmente importante: nuestras creencias, nuestra espiritualidad, la familia, los valores, la amistad y nuestro tremendo potencial creativo, a veces dormido, para mirar más allá e impactar. El mundo es más amplio de lo que creemos y vemos, misterioso, complejo, con miles de riesgos y problemas, pero también maravilloso y con posibilidades infinitas, ahí es donde nosotros podemos ser un factor de cambio positivo en él, como Anqa de la montaña.

3° PUESTO – CATEGORÍA “D”

CUENTO



Luis Andrés Yáñez García - Padre de familia

“La niña y el gavilán”

Era color madera... o al menos eso le pareció cuando lo vio por primera vez. Era una tarde de invierno, por lo cual no había mucha luz como para distinguir que era lo que le había llamado la atención; aunque pensándolo bien, en Lima nunca había mucho sol, por algo llaman a la ciudad “Lima, la gris”. Pensaba que aquello que había visto debía estar aprovechando su color para camuflarse, por lo cual decidió que se trataba de un animal o bicho muy inteligente. Lo que fuera que estaba allí, siguió moviéndose de forma lenta y sigilosa, sin casi hacer ruido, avanzando entre las ramas del inmenso árbol en medio del bosque. Parecía estar ocultándose, y así debía ser; después de todo, ella tenía una vista excelente y ya lo habría descubierto, de no ser un árbol tan frondoso. Tal vez estaba a acecho de una presa, pensó acongojada, sintiendo pena por cualquiera que fuera la víctima.

De pronto, lo vio volar.

Le sorprendió el tamaño de sus alas, pues había pasado lo que a ella le pareció muchísimo tiempo encogido entre ramas y hojas para un animal de tamaño mediano a grande; le impactó también la dimensión de sus garras, muy afiladas a simple vista. Creyó percibir el sonido que emitía al descender y cortar el viento a gran velocidad, en busca de lo que asumió sería una pequeña víctima. En general, lo consideraba un poco aterrador... ATERRADOR... su padre siempre

le decía que era una pequeña criminosa para hablar, por la forma desmesurada en la cual se expresaba al contar eventos que la emocionaban, aunque al recordar sus palabras probablemente la frase exacta sería “eres una niña que da una dimensión exagerada a sus descripciones”. Por esta razón, posiblemente solo diría que le causaba miedo, solo para evitar ese ligero llamado de atención cuando le contase la anécdota a su familia.

Lo perdió de vista un momento, en una zona donde las ramas del árbol eran abundantes, y sus hojas demasiado secas como para diferenciar su plumaje de todo lo demás. Solo atisbaba ligeros movimientos, percibía el forcejeo y creía divisar como se llevaba a cabo la cacería. Le causaba gran impresión, no solo por el miedo (terror, estaba aterrada, sin importar lo exagerado de la palabra), sino por la mezcla de sentimientos que colisionaban en su pequeño corazón durante esos minutos: pena, por la presa; emoción, por la lucha; expectativa, por el resultado; esperanza, de que la víctima lograra escapar; e incluso aceptación, de que la naturaleza había dispuesto que haya siempre víctimas y verdugos: después de todo, también los grandes cazadores del reino animal debían alimentarse para no morir, lo cual sería también una pena muy grande.

La niña no era necesariamente pequeña, ni en edad ni el tamaño; sin embargo, se consideraba todavía poco preparada para enfrentarse a este tipo de situaciones, donde veía un animal más grande de lo usual, a solo unos metros de la ventana de su cuarto, atacando con furia lo que suponía era el nido de aves más pequeñas, aves que solía ver, saludar e incluso alimentar, en ocasiones. Generalmente se trataban de tortolitas, o para llamarlos por su nombre real, las tórtolas Madrugadoras, tórtolas Cuculí y la tortolita Peruana, su favorita. Aún no sabía muy bien como diferenciar una de otras, pero todas les parecían lindas, pequeñas en comparación con las palomas (sobre todo la llamada tortolita Peruana), y por lo tanto más delicadas.

De pronto lo vio. Emergió de entre las ramas del árbol, erguido en toda su majestad, oteando el horizonte en busca de algo o alguien, no sabía qué. Se detuvo unos minutos para mirar con detenimiento algo que se revolvía entre sus garras, pero esto no duró mucho. Ese “algo” era su presa y, por lo que parecía, esta ya se había rendido. Pronto todo movimiento cesó, y el cazador volvió a

revisar, como analizando posibilidades a su alrededor, como esperando algo o alguien, todo a su alrededor. En ese momento, sus ojos se cruzaron y se quedaron pegados, como intercambiando miradas y sentimientos.

La niña no podría desprenderse de su mirada, tan poderosa la sentía, como atrapada también bajo sus filosas garras... incluso llegó a sentir que ella era la presa, ya cautiva y quieta, que había sido cazada en aquel árbol frente a su ventana. Fue una sensación aterradora, y esta vez la palabra tampoco tenía restos de exageración ni sobre dimensionamiento, por más que se la acuse siempre de ello.

Perdió la sensación del tiempo, como cuando uno ve en la televisión su programa favorito, uno de terror, claro (¿no?), o como cuando te enfrascas en un juego emocionante, solo que este juego no era divertido porque te daba la sensación de que podrías perder mucho más que una partida o la oportunidad de reírte de tu adversario derrotado, pues se trataba de algo más real.

De pronto, tal vez porque vio algo en los ojos de este cazador imponente, algo que no comprendió completamente, pero le transmitió calma; o porque empezó a comprender que todo esto era parte de algo más grande que sus miedos, algo dictado por la misma Madre Naturaleza, y que por lo tanto era correcto (después de todo, su propia madre siempre le decía que su palabra era ley, y la ley debemos cumplirla siempre, nos guste o no). Comenzó a observar con otra perspectiva lo que estaba ocurriendo: dejó de ver al cazador como el cruel verdugo que hería a sus víctimas indefensas solo por diversión o gula, y comenzó a pensar que tal vez no se trataba de un él, sino de una ella; que no estaba buscando una presa para darse un banquete colosal, sin remordimientos ni piedad. No, tal vez estaba buscando lo que para él o ella no era más que alimento para sus crías, pequeños y lindos cazadores en miniatura, aún sin las alas grandes y garras afiladas de sus padres, imposibilitados de momento para ir a buscar ellos mismos su alimento. Por pequeños aterradores que sean, y por futuros cazadores terribles que serán, merecían también la oportunidad de crecer alimentados de forma adecuada para poder volar y hacer todas las cosas aterradoras que estos magníficos cazadores suelen hacer... por aterrador que todo esto suene.

No se dio cuenta en qué momento el cazador salió volando, rápidamente, hacia el horizonte. Pudo verlo luego en otro árbol, un poco más alejado, mucho más alto que en el cual había obtenido su presa. Parecía que intentaba orientarse, sin saber qué decidir, cuando de pronto empezó nuevamente a emitir ese sonido tan característico de estos cazadores. En ese momento, asumió que estaba intentado llamar la atención de algo, pues, aunque similares, los sonidos eran distintos a los que emitió cuando estaba por iniciar su faena de caza. Estos eran ahora más fuertes, prolongados y con algún sentido de urgencia, como llamando a alguien.

De pronto apareció, como respuesta casi inmediata, otro cazador. Este era un poco más grande, si eso es posible, y cantaba (¿o gritaba?; ¿o tal vez chillaba?) de manera más prolongada, como buscando dar resonancia y permanencia a su respuesta, asumiendo que lo primero haya sido un llamado. Tenía el mismo color acanelado, con manchas negras y blancas por distintas partes del cuerpo. Se veían magníficos e imponentes en aquel árbol, por encima de todo y de todos.

Pasado un momento, ambos salieron volando y chillando de aquel árbol, en busca quien sabe de qué. No los pudo seguir mucho tiempo más con su mirada, pues ya estaba acabando la tarde y, aunque de aspecto magnífico, el atardecer traía los ribetes anaranjados que tiñen el cielo cuando el sol cae, partiendo el cielo entre luz y oscuridad, cuyas franjas de color azafrán camuflaban de forma cómplice a estos cazadores que, imaginó satisfechos, retornaban al que debe ser su hogar y tal vez, a sus pequeños aterradores bebés, a quienes (costaba aceptar) le encantaría ver algún día, aunque idealmente en una situación distinta.

Días después, preguntando a sus padres y buscando en sus libros, identificó al cazador que tanto la había intrigado. Se trataba de un Gavilán Acanelado, también llamado Aguililla rojinegra, Gavilán mixto, Águila de Harris o Peuco. Se trata de una especie de ave accipitriforme de la familia Accipitridae. Su libro indicaba que estas aves pueden medir entre 48.5 cm y 53.5 cm de longitud total, y entre 102 cm y 120 cm de envergadura. Se caracterizan por tener las anchas y redondeadas, con una cola larga, también ligeramente redondeada. En resumen, un ejemplar que difícilmente uno podría dejar de apreciar cuando pasa volando, con sus alas completamente extendidas, en busca de una presa.

La niña recordó sus tardes de juego en su colegio, cuando entre los gritos de las demás niñas, y los suyos (después de todo, no solo la consideraban exagerada para sus descripciones de eventos; sino también por sus gritos de guerra cuando jugaban a las chapadas, circulo-circulo o policías y ladrones) escuchaba, como una orquesta tocando de fondo de lo que era la película de su vida en el colegio, a los pajarillos cantar tímidamente entre los árboles que rodean uno de los patios donde jugaba, y a las bandadas de loros verdes, de cabeza roja, pasar parlotando a todo volumen, silenciando incluso temporalmente los gritos de las propias niñas por el escándalo que estos bandidos comedores de choclo realizan cada vez que se trasladan, ese chillido agudo y poderoso, tan particular y tan desconocido para ella hasta este día. Pensó si sería la única que lo había notado, aunque aceptó que no fue hasta este encuentro en que le prestó tanta atención. Pensó si, como ella, sus amigas se habrían preguntado más de una vez que era aquella ave tan grande, que surcaba el cielo de vez en cuando, y que parecía andar solo por los aires, mirando pasivamente todo lo que ocurría por debajo de sus grandes alas. Se propuso preguntarles a sus amigas de juegos si la habían visto, o siquiera oído; si sabían que se trataba de un cazador prodigioso, que gusta de árboles altos, cerca de fuentes de agua. Si les daba miedo, intriga o si las emocionaba la idea de ver uno de cerca, idealmente cazando a una presa. Si sabían realmente lo que representaban esas alas, esas garras y ese chillido.

Ella nunca lo olvidaría.

| POESÍA

CATEGORÍAS: A, B, C y D

1° PUESTO – CATEGORÍA “A”

POESÍA



Isabella Tiziana Cárdenas Reyes - 5to grado

Aves en el paraíso

Miles de aves en mi imaginación
causan en mí una gran fascinación,
iluminando el cielo a su paso
con estrellas de colores cerca al ocaso.

Me ilusiona pensar infinitas veces
sus alas revolotear sobre el mar azul celeste,
en mis sueños escapamos a un lugar hermoso
como ese paraíso radiante con un sol glorioso.

No quiero despertar de esa ilusión que siento
cada vez que pienso en esos seres bellos
de alas inmensas y pechos de colores
que perfuman mi corazón con un aroma a flores.

2° PUESTO – CATEGORÍA “A”

POESÍA



Vania Fernández Mendoza - 5to grado

“La estrella de la Vía Láctea”

Una estrella gigante
de tamaño sin igual
brillando en el cielo
al ser un astro de iluminar.

Sale por el Oeste
se va por el Este,
sale por las montañas
y se va por el mar.

Amarillo o dorado
¿qué color será?
lo que sí se sabe
es que al brillar te quemará.

Se refleja en las olas
jugando con el mar
con su brillo caluroso
calienta a los niños al nadar.

3° PUESTO – CATEGORÍA “A”

POESÍA



Amparo Aispuro - 5to grado

“La niña de las mandalas”

Ella tiene una conexión especial con las mandalas,
le gusta pintarlas en su cuarto, le da paz y tranquilidad,
a ella también le agrada crearlas porque le da alas,
paz, soledad y le despierta la creatividad
ella se siente muy feliz y contenta,
porque la relaja y la hace sentir especial,
también le gusta compartirla con su amiguita
porque tiene un amor por las mandalas incondicional.

1° PUESTO – CATEGORÍA “B”

POESÍA



Alexia Isabel Samaniego García - 2do de Sec.

Fuego divino

Un gambito de dama,
una partida italiana,
la defensa siciliana,
ya la guerra se proclama.

Debo escoger la mejor pieza,
en el correcto escaque,
para dejar sin escape,
a usted, señor alteza.

Un mal movimiento
y no hay vuelta atrás,
piensa bien qué harás,
con mucho razonamiento.

Reina intimidante,
caballo inquieto,
alfil discreto,
peón andante

Y para finalizar el combate, con
la dama divina
y la torre en la esquina
he logrado el jaque mate.

2º PUESTO – CATEGORÍA “B”

POESÍA



Alexandra Cielo Salarrayán Mego - 1ero de Sec.

Tenemos que despertar

Es un sueño, del que puedo despertar, me lo digo sin cesar.
Una agonía, que, por nuestra culpa, hay que pagar.
Que dolor, me causa el solo pensar.
Como era nuestro mundo y como está.

Peces muertos, por la suciedad.
Animales suplican con desesperación, no nos casen por favor.
Los taladores destruyen con crueldad, él hogar que Dios nos da.

Queremos vida, no extinción.
Sin embargo, ahogamos a nuestra sociedad.
No solo su aire, sino también su diversidad.

El aire contaminado, nos matará.
Reciclemos, hay que ayudarnos para poder prosperar.
Quiero tener un ambiente venturoso.
Que solo de mirarlo me llene de gozo.

Cuidemos nuestro hogar, tenemos que despertar.
Así dejaremos el pasado atrás.
No quiero convertirme en una nefelibata, más.

Jessica Morgan.

3° PUESTO – CATEGORÍA “B”

POESÍA



Alessandra Sofía Paredes Jiménez - 2do de Sec.

Un alma en pena

Cayendo estaba yo
cada vez más rápido en un agujero negro en mi cabeza
nublándome entre mis recuerdos, ahogándome entre mis pensamientos
creyendo ciegamente en la oscuridad,
cegándome con sus manos, ocultando la realidad.

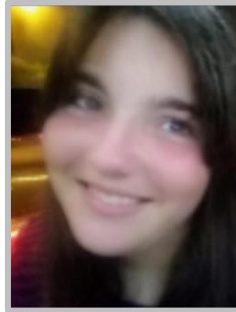
Mi cabeza se derrumbaba, los recuerdos me torturaban
la fuerte gravedad me sostenía firmemente
y las cadenas de la muerte me limitaban a pensar conscientemente.
Esposas ataban sin piedad el lóbulo frontal de mi cerebro,
lastimando cada pequeña parte de mi razonamiento.
El miedo como sombra oscura me perseguía
aumentando continuamente mi tremenda agonía.

Negaba inconscientemente el paso de la verdad,
aquella venda en los ojos me impedía visualizar con claridad.
Prefería mantener vivo el pasado y desconocer el dolido presente subliminal,
antes que navegar súbitamente entre los misterios del tiempo
temiendo ferozmente por el futuro incierto.

Lentamente, mi cuerpo se debilitaba
veía cómo sigilosamente la línea de la vida terminaba
con tristeza trataba de disipar los nostálgicos recuerdos
dejando atrás cualquier mínima marca de sufrimiento,
aliviándome de gélidas sombras reprimidas del pasado,
dispersando mi alma a un enorme universo finalmente destinado.

1° PUESTO – CATEGORÍA “C”

POESÍA



Amelie Ritter Burga - 3ero de Sec.

“Rompecabezas”

Soy un rompecabezas sin ordenar.

Ya quiero acabar.

¿Por qué se me hace tan difícil mantener las piezas
unidas? La mayoría simplemente desaparecidas.

Me siento tan frágil.

En serio necesito ser más ágil,
o probablemente me desmorone si una sola pieza más se pierde,
ojalá de respirar me acuerde.

Estoy tratando de seguir armando,
pero siento que en cualquier momento todo se terminará tirando.

¿Todo esto valdrá la pena?

De pensamientos mi mente se llena.

En un bucle me siento atrapada,
estoy realmente aterrada.

¿Cómo se supone que deba ordenar todo esto?

De mí misma necesito un repuesto.

Porque, aunque vaya aprendiendo, finalmente nunca entiendo.

Demasiadas piezas para poner en su lugar.

Soy un rompecabezas sin ordenar.

2º PUESTO – CATEGORÍA “C”

POESÍA



Flavia Carolina Herrera Torres - 3ero de Sec.

A mi Abuela

Siempre me acompañas en mi andar, tan
alegre, decidida y musical.

Me hace bien mirar atrás y recordar
charlas, sueños y risas sin parar. Siempre
juntas, toda una vida por contar, allá
donde tú estás, no hace falta explicar que

nunca podré olvidar
amiga tan dulce y celestial
que nunca podré encontrar
corazón tan grande, tierno
y lleno de bondad.

3° PUESTO – CATEGORÍA “C”

POESÍA



Belén Mogrovejo Reinoso - 3ero de Sec.

Día tras día

Día tras día, veo afuera a una bonita pareja,
dulce y bonita, aunque a veces más compleja.

Día tras día me levanto yo,
¿podré tener una verdadera pareja?, siento que Cupido no me empareja.
Día tras día la respuesta sigue incompleta, ¿por qué su amor me acompleja?,
envenena cada parte de mi ser, a un envenenador se asemeja,
no necesito a alguien que me proteja, pero esa persona es incompleja.

Día tras día, siento que mi vida con él es tan dispareja,
no necesito a alguien que me proteja, pero esa persona es incompleja,
siento que mi felicidad me deja.

Día tras día más se aleja, ¿algún día dejaré de oír cómo se queja?,
estoy atrás de una gran reja,
hasta que un día ya no haya un día, seguiré oyendo como me veja.

1º PUESTO – CATEGORÍA “D”

POESÍA



María Carmen Groppo Arias de Velando - Exalumna

Si acaso...

... Si acaso dejaras de amarme, todos los naufragios del mundo vendrían a mis manos: musgo y hierros retorcidos vestirían mis sueños. Solo calles espinosas, pieles de muchedumbres apiladas en una sola hoguera de páramos vivientes.

Rastros de antiguas vestiduras... quebrados bronce de imposibles campanas.

Acaso, a lo lejos, un faro con tus ojos iluminándome.

La niebla con tu aliento rasgándome los sueños; llevándose mis versos el frío fantasma de tu nombre.

Si acaso dejaras de amarme todo sería inútil: habrían caído en vano las hojas del otoño y las mieses serían cosechas malvenidas. Y el río de su sangre tan solo polvo muerto, harina sin mensaje, manjar sin apetencia.

Si acaso dejaras de amarme, se harían los panales ajeno y las raíces muertas de todos los olvidos cubrirían mi cuerpo, como caen las sombras acunando en silencio melodías salvajes.

Si acaso dejaras de amarme...

“ABRIL”

2º PUESTO – CATEGORÍA “D”

POESÍA



Luisa Montero Van Ginhoven - Profesora

Ventana al mar

Grieta por donde pasa la luz
nadando en un mar abierto de
noche el miedo busca colarse
respira ausencia.

Última llamada... vivir de espaldas

y la muerte arrancándole la piel
detente
afina tus sentidos

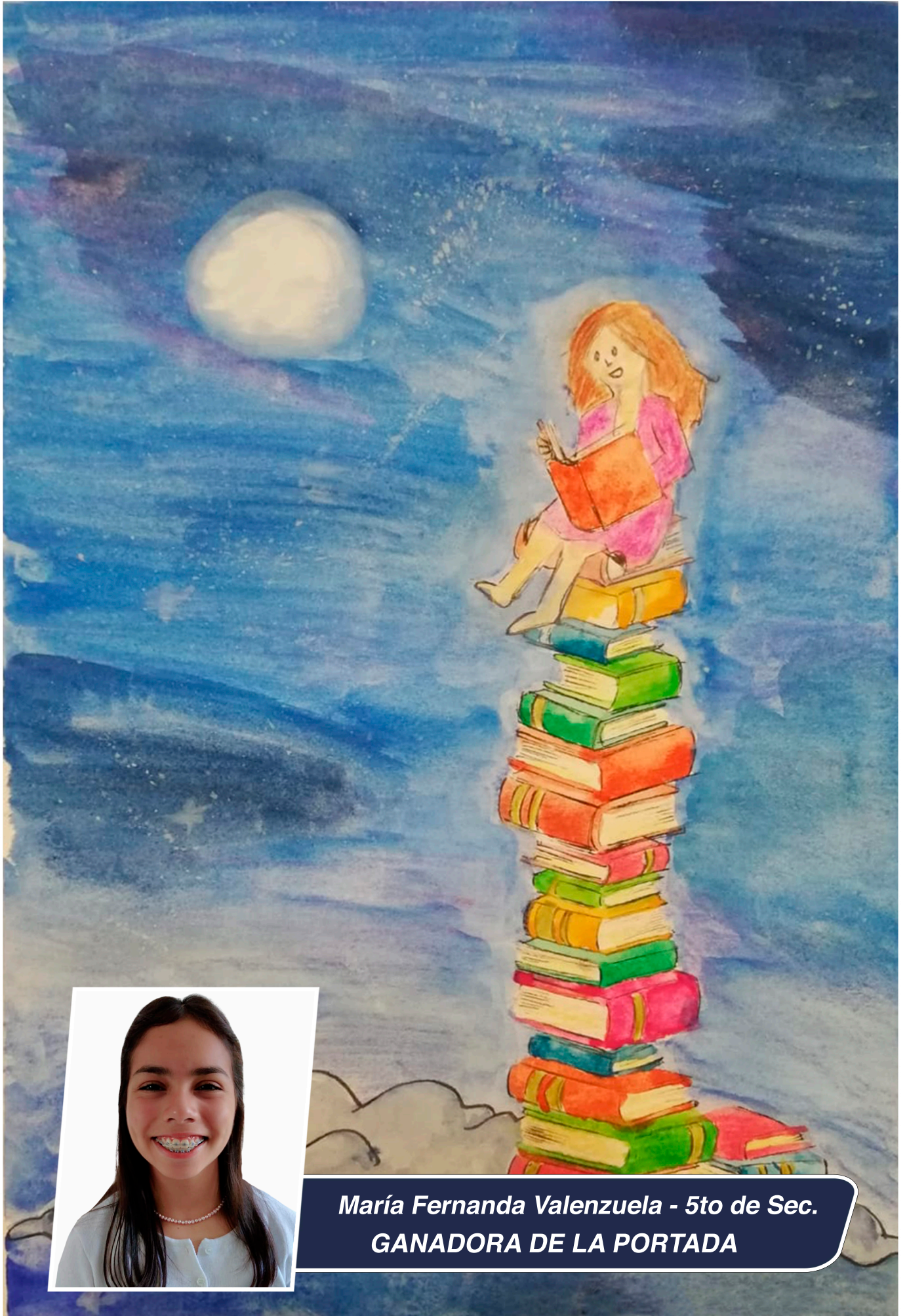
¿De qué te ríes?

Y con los ojos llenos de sal
levanta la mano
el mundo respira a su ritmo
sin prisa

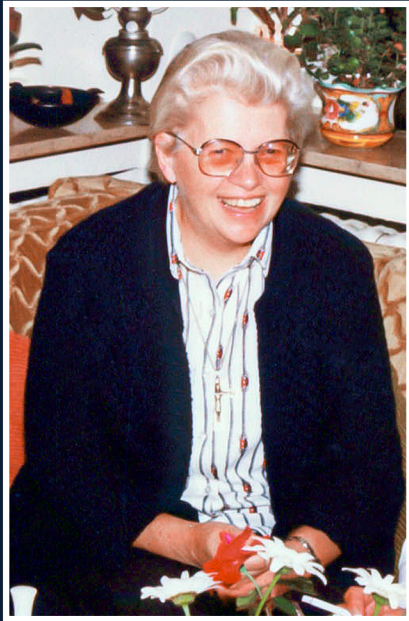
respira

respira

res
pi
ra.



María Fernanda Valenzuela - 5to de Sec.
GANADORA DE LA PORTADA



Madre Elisabeth Hanfland

Elisabeth Hanfland nació en Paderborn, Alemania, el 6 de abril de 1916. Cuando niña, mientras otros niños jugaban, ella buscó algún rincón en la librería de su padre, entrando así en un mundo de arte y grandes obras literarias que ciertamente influyeron más tarde en su vida de educadora y su vocación religiosa.

En 1936 llegó al Perú como postulante a religiosa de la Orden Santa Ursula, junto a un grupo de madres para fundar el colegio Santa Ursula. Desde entonces hasta el año 1957 se dedicó a realizar labores de profesora de idiomas, música, teatro, historia y religión. Madre Elisabeth fue nombrada en el cargo de directora del colegio durante dos periodos: desde el año 1957 hasta 1966 y desde 1986 hasta 1993. Desde el año 1976 hasta 1985 fue directora del Hogar Santa Ángela y el Colegio San José de Miramar, en donde se ganó el aprecio de toda esta comunidad.

El 15 de noviembre del año 1991 fue condecorada con la Cruz del Mérito otorgada por la República Federal de Alemania. Asimismo, el 6 de julio de 1992, el Ministerio de Educación condecoró a la Madre Elisabeth Hanfland con las Palmas Magisteriales debido a su larga trayectoria docente. El 11 de abril de 1995, el Señor la llamó para siempre a su lado y desde allí sigue guiando y cuidando a su familia ursulina.
